

VV AA

**ANTOLOGÍA SOCIAL
DE
CIENCIA FICCIÓN**



Ray Bradbury dice de la ciencia-ficción: "El hombre perdido en el laberinto de sus creaciones debe buscar un camino para salir de nuevo a la luz del día. No me interesa como se construye una bomba atómica, sino sólo cómo puede usarse la energía del átomo para conducir a la humanidad a un futuro mejor".

Publicada en 1972 por la editorial ZERO/ZYX, esta *ANTOLOGIA SOCIAL DE CIENCIA-FICCION* se entronca en este sentido, uno más —el más digno— de los sentidos de la S-F.

A imitación de las narraciones aparecidas en las revistas clásicas del género, esta colección de relatos se centra en la crítica actual del medio, de nuestra sociedad imperfecta, marchita, decadente; en la crítica de los adelantos técnicos que se han olvidado de la parte "humana" que intervino en los mismos; en la crítica de regímenes, racismos, brutalidades cotidianas, aburrimiento, incomunicación, soledad... una lista innumerable de cosas "nuestras".

Lectoras y lectores... La ciencia-ficción.

antología
social de
**CIENCIA
FICCION**



introducción y selección
de **CARLOS BUIZA**

VV AA

ANTOLOGÍA SOCIAL DE CIENCIA-FICCIÓN

Introducción y selección: Carlos Buiza

Edita: Zero, S A

Distribuidor exclusivo: ZYX, S A

Colección «Se hace camino al andar»

Madrid, marzo de 1972

Edición digital: C. Carretero

[Las notas que complementan las biografías originales de los distintos autores, han sido extraídas de la red]

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

LUIS VIGIL - Notas del juicio de un elemento subversivo...

CARLO FRABETTI - Dialexis. Par

CARLOS SAIZ CIDONCHA – Racismo

CARLOS BUIZA - Historia del pastor y sus ovejas

JUAN EXTREMADURA - Vivir deportivamente

JOSE LUIS GARCI - ¡Stille Nacht, hellige Nacht!

JUAN G. ATIENZA - Sabor de nada

MANUEL PACHECO - Explosiones atómicas

JUAN TEBAR - La playa a la luz de la luna

GUILLERMO SOLANA - Las arañas serán puntuales

JAIME DE LA FUENTE - En el reino de la vida

INTRODUCCIÓN

IMPOSIBILIDAD DE UNA DEFINICIÓN

La ciencia-ficción (traducción literal del inglés Science-Fiction), desde que Hugo Gernsback la «inventara», allá por los años 20, ha sufrido una seria evolución. Conceptualmente, la expresión no puede ser más absurda, por cuanto de la simple unión de dos vocablos contradictorios no surge otro definitorio, ni siquiera orientativo, tanto menos en castellano, por cuanto su adaptación literal nada nos indica: no es una «ficción en la ciencia», ni «ciencia novelada», ni «novela científica», ni «especulación científica». Los intentos posteriores encaminados a reformar o castellanizar el vocablo han sido totalmente negativos. Así surgieron «fantasía científica», «anticipación», «fantaciencia» (conversión de la palabra italiana fantas ciencia), y una larga serie de desafortunados etcéteras. También se ha hablado de «novelas del espacio» o «de marcianos», empleadas indistintamente y que sólo nos remiten a esa infraliteratura de novelas de «a duro» que fueron, desgraciadamente, las que marcaron el nacimiento de la ciencia-ficción en España.

Universalmente aceptado, ha sido «ciencia-ficción», el vocablo que ha predominado, el que engloba un auténtico género literario, noble y «real», aunque lastrado con un ejército de obras espúreas que poco o nada tienen que ver con él, y que constituyen, por lo facilón, el blanco preferido de todos los detractores del género.

Ray Bradbury dice de la SF: «El hombre perdido en el laberinto de sus creaciones debe buscar un camino para salir de nuevo a la luz del día. No me interesa cómo se construye una bomba atómica, sino sólo cómo puede usarse la energía del átomo para conducir a la humanidad a un futuro mejor. Adivinar los futuros posibles, basados en posibles máquinas que asumirán las filosofías de la humanidad en formas concretas, es el cometido de los escritores de SF. En todo caso, preferiría adivinar las reacciones del hombre ante las máquinas del futuro, que adivinar las mismas máquinas», lo cual no nos parece mal, si no fuera por la parcialidad el contenido: ¿es sólo ciencia (real, extrapolada, inventada) la SF? Naturalmente que no, aunque ésta fuera la raíz de su nacimiento. Muchos escritores que cultivan el género son científicos: Clarke, Asimov, Hoyle, M. Miller...; los descubrimientos científicos, sobre todo los espaciales, lo predisponen hacia este tecnicismo, lo condicionan, lo convierten en ocasiones en una farragosa y discursiva especulación paracientífica. Pero esta ciencia-ficción «científica» es tan sólo una de las manifestaciones de su inmenso contenido.

«La ciencia-ficción es la frontera de la mente y de la imaginación humanas. Es la forma de las cosas futuras. Es la expresión del anhelo de la humanidad que quiere salir de este rincón de la galaxia y encontrar su patrimonio entre los astros. Es profecías imaginadas basadas en extrapolaciones lógicas. Es Julio Verne escribiendo una obra disparatadamente ridícula, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, acerca de un invento imaginario menos práctico entonces que una nave del espacio ahora. Es la humanidad con el rostro vuelto hacia los astros, dispuesta a tomar posesión del universo y empezar otra vez cuando la entropía invierta su marcha. La ciencia-ficción es todo esto, pero no puede reducirse a una simple fórmula, no puede ser definida de un modo más simple. Es una pesadilla y un sueño. ¿Y no vivimos eso hoy, no vivimos para eso? ¿Una pesadilla y un sueño?» Estas son palabras, mágicas palabras de Fredric Brown que no necesitan comentario; nos aproximan bastante a la temática del género. En ellas apenas si hay «ciencia», apenas si hay «ficción»; pero existe «el hombre», «la humanidad», «nosotros», las metas, los sueños, las miserias, las realizaciones del homo sapiens: ¿es eso «científico»? ¿Es esto «ficticio»?

LUGARES COMUNES

Como en cualquier clase de actividad creadora realizada por el hombre, también en la SF existen lugares comunes, al menos desde el punto de vista de la técnica narrativa empleada. El

teatro del absurdo puede ser tan positivo en cuanto a su conexión con la realidad como en su momento lo fueron la novela gótica, el naturalismo, el rococó o las utopías renacentistas (!). En este paralelismo, la SF ha utilizado diversos tópicos a los que no hay que menospreciar en líneas generales, porque se trata de tipismos formales en la mayoría de los casos. Su sola enumeración sería larga: guerra atómica, robótica, viajes en el tiempo, mutaciones, política ficción, ciencia, parapsicología... que no son simples recursos en sí mismos, sino una forma de planteamiento.

Existe una gran diferencia entre la SF clásica y la que se escribe actualmente. The New Thing (Nueva cosa) irrumpió hace pocos años con ansias renovadoras, por obra de autores como Aldiss, Ballard, Zelazny, Delany, etc. Comenzó a crearse una SF nueva, desconectada en gran parte de la que hasta entonces se había estado haciendo, y cuyo mérito principal fue la puesta en acción de un nuevo humanismo, una revivida giga en la que el hombre fue el punto de atención más importante. No son aventuras fantásticas al estilo de Cyrano, Verne o Wells —éste, en su parte fantástica—; no son aventuras escapistas de space opera, «espada y brujería», retorcidas incongruencias más o menos ingeniosas. La genuina «cosa nueva» trasciende por los medios empleados y por la forma de emplear estos medios. Su arranque —el hombre— ya es una garantía: el hombre como individuo, como sociedad, como posible sociedad futura; con recursos narrativos emancipados de todo

tecnicismo o paracientifismo; la SF como crítica actual del medio, crítica de nuestra sociedad imperfecta, marchita, decadente; crítica de los adelantos técnicos que se han olvidado de la parte «humana» que intervino en los mismos, como la criatura se olvida de su creador; crítica de regímenes, racismos, brutalidades cotidianas, aburrimiento, comunicación, xenología... una lista innumerable de cosas «nuestras», del hombre, que nada tiene que ver con la ciencia, que nadie recuerda en ellas a la ficción. Ir más allá de lo que sabemos o conocemos; ir más allá de lo que somos.

SOCIEDAD, AL FIN Y AL CABO

Esta forma de entender la SF es patrimonio de unos cuantos, lúcidos, autores. Es una forma de hacer novela actual contando, repetimos, con unos medios no aptos para inteligencias mediocres. Se rebelan los «hombres sabios», los sumos sacerdotes de la incongruencia, cuando la comentan, sin conocerla. Fijan rastreramente su mirada en el gran porcentaje estadístico de lo escrito sin valor. Es fatal desconocimiento.

Bradbury, posiblemente el autor más conocido dentro y fuera de la SF, no hace ciencia-ficción: hace novela social. Eso, unido y dosificado con cierta proporción de poesía, de «saber decir» y de velado ternurismo, le valió la tacha de reaccionario, cuando es en realidad y precisamente lo contrario. Vivimos ya

en *Un mundo feliz* y la SF-social arremete contra él directamente o vislumbrándolo proféticamente.

La irónica, la piadosa, la incomprensible ciencia-ficción.

1972

Carlos Buiza

LUIS VIGIL

Barcelona, [1940-2019].

Este hombre es uno de los más antiguos faneditores de SF en España. Realizó, entre otras producciones: «El fantástico (y científico) Torito Bravo» y «Dronte».

Fue coeditor de la revista española dedicada a la SF «Nueva Dimensión».

El presente relato es típico en Vigil: breve, como Brown; humano, como Bradbury; directo, como Aldiss; definitivo, como un «Hugo».

En los años sesenta, impulsó las revistas de ciencia ficción "Anticipación" (1966) y "Nueva Dimensión" (1968) y colaboró en "Bang".

En los setenta, continuó escribiendo artículos de cine y cultura underground. Con Domingo Santos, escribió la saga de novelas de fantasía heroica "Nomanor".

N. e. d.

NOTAS DEL JUICIO DE UN ELEMENTO SUBVERSIVO

—Unidad Económica U12H34P, avance hasta el centro del disco metálico—tronó la voz del robot Juez.

El viejo se levantó cansino del duro banquillo y caminó achacoso hasta el centro de la plataforma metálica, situada frente a la tremenda computadora que representaba el último grito en Justicia Automática; una vez allí, se quedó, incómodo, en pie, apoyado sobre su viejo bastón de fresno, y, carraspeante, dijo:

—Juan Pérez, señor Juez—con leve deje irónico en lo de señor.

—¿Cómo?—la voz metálica.

—Que me llamo Juan Pérez.

—No computable. En los Bancos de Memoria consta como Unidad Económica U12H34P. Todo otro sistema de identificación fue abolido hace cincuenta años por el Servicio de Estadística y Control.

—Sí —sonrió el viejo, y, al fruncírsele el rostro en miles de arruguitas, se vio claramente lo verdaderamente viejo que era—, pero yo nací cuando los hombres eran personas, no unidades económicas, y cuando tenían nombres, y no números.

—Computable. Actitud de tendencias recesivas. La Unidad Económica muestra nostalgia por épocas bárbaras, anteriores a la Sociedad de Consumo. Se añade este dato a su expediente.

Ante la actitud fríamente agresiva de la máquina, el viejo pareció encorvarse algo más, y decidió aguardar callado a que continuase su proceso.

—La acusación primaria en contra de la Unidad Económica es la de no utilizar totalmente la capacidad adquisitiva de sus tarjetas de crédito. Eso constituye un delito económico de primera magnitud contra la Sociedad de Consumo, y es punible con la pena de muerte. ¿Tiene la Unidad Económica algo que alegar?

—Soy un hombre sencillo.

—No computable. Las características personales de la Unidad Económica no tienen relación con este juicio —la voz metálica sonaba inflexible.

—Sí, sí, señor Juez —en el apasionamiento de su autodefensa, el viejo había olvidado el deje irónico, y hasta se dirigía a la máquina como si se tratase de un ser humano,

esperando convencerla—. Tiene que ver, y mucho. Verá: yo pasé mi infancia en una sociedad que no era de consumo todavía, pertenecí..., iba a decir que aún pertenezco, pero debo ser ya el único que queda, a un grupo de humanos a los que llamaban hippies, y...

—Computable —la máquina lograba hacer sonar sus altavoces como las trompetas del Apocalipsis de las que le habían hablado al viejo en una lejana niñez, cuando aún habían sesiones de catequesis y religiones—. La Unidad Económica reconoce pertenecer a una Secta de Enemigos de la Sociedad de Consumo que, afortunadamente, puede darse por extinguida gracias a la acción del Servicio de Justicia Automática. Se une este dato a su expediente.

—...Y —continuó el viejo, tercamente, con la seguridad que le da la ancianidad a quien ya no espera nada de la vida— aprendí entonces a vivir con pocas cosas, a contentarme con lo que necesitaba, sin caer en lo superfluo.

—Lo superfluo es la base de la Sociedad actual. La Unidad Económica está difundiendo teorías económicas contrarias a las oficiales. Computable y añadido al expediente.

—Y ahora —prosiguió el último de los hippies— es ya bien poco lo que necesito: algo de comida, mi estómago admite bien poca; alguna que otra prenda de vestir de año en año...; ya ni siquiera voy a espectáculos. No me gusta esta vuelta al puritanismo.

—Datos computables. Uno: La Unidad Económica admite no ir a espectáculos. Dos: También dice no estar de acuerdo con la actual moralidad pública. Incluidos en expediente.

Hasta los guardianes del Statu Quo que habían traído al viejo parecieron compadecerse de su desesperada posición: con cada nueva palabra se hundía más y más en la ciénaga de la culpa. Ya casi parecía imposible que se salvase. Uno de ellos, H98D76P, se agitó incómodo en su torrecilla de vigilancia, cambió de mano su lanzagujas de estricnina, se alisó el negro y brillante uniforme, y se atrevió, al fin, a musitar:

—Al grano, viejo. Que te pierdes.

El viejo levantó la cabeza, que desde el principio tenía hundida entre los huesudos hombros, y al hacerlo tintinearón las campanillas que colgaban de los ajados collares que llevaba sobre su pecho. Sonrió, dando gracias por el inusitado gesto del guardia del SQ.

—Unidad Económica H98D76P, su intervención no está justificada. Se computa y une a su expediente —rechinó el robot Juez.

—¿No tiene compasión? —se indignó el viejo, amenazando con su bastón.

—No computable. Este juicio tiende a sobrepasar la Media Optima de Duración. Unidad Económica U12H34P, le ordeno diga por qué una parte de sus créditos quedan por cubrir.

—¿Por qué? —gritó el anciano, agitando por el aire el último trozo de fresno, en aquella sala totalmente hecha de materiales sintéticos, en aquel mundo de plástico y polución—. ¿En qué iba a gastarlos? ¿En comprar cada mes el nuevo modelo de robotmóvil y encontrarme que no lo puedo desahogar, porque las calles ya son una masa sólida, atascada, de vehículos sobre los que caminan los peatones? ¿En ir a unos tridicineramas o en ver una solidvisión con unos programas insulsos y adocenados, regulados por una censura tan aberrante que ha llegado a prohibir la vieja *Love Story* por pornográfica?

—Computable. Computable. Computable... —se indignaba el monstruo de acero y transistores. Pero, por una vez, el hombre podía más que la máquina, y el chillido del viejo logró dominar la voz del robot juez:

—Gastar los créditos... ¿en qué? ¿En videocassettes de efectos bailando neominués cuando tengo mis viejas grabaciones del Festival de Woodstock, de Dylan, Buffy St. Marie y Janis Joplin? ¿En tabaco y anticancerígenos si he logrado conservar mi plantel de excelente marihuana que inicié con unas buenas semillas que me traje de Marruecos, cuando aún se podía viajar? ¿En comprar trajes de seudolana si todavía me sirven —y se golpeó orgulloso el pecho— estas ropas de cuero que yo mismo me hice en una comuna de Ámsterdam, cuando había comunas y la gente sabía hacer cosas con las manos?

Hasta el robot juez parecía anonadado por aquella explosión recriminatoria. Por lo menos, permaneció callado. A los guardias sí que se les veía el asombro a las claras: habían dejado de acariciar sus aspersores de gas Clorobenzalmalonitrilo (CS), y sus mandíbulas colgaban muy abiertas, mientras sus ojos se desorbitaban bajo las viseras protectoras de sus cascos de combate.

El viejo prosiguió, aunque ya sin tanto ardor, y notándose en su voz el cansancio del esfuerzo:

—Ya podéis quedaros con vuestra Sociedad de Consumo y sus nuevas necesidades, que son creadas cada día para que no se detenga la producción, y olvidadas al siguiente. Habéis transformado al planeta en un cadáver, envenenado por la polución y muerto de inanición por el despilfarro, y ahora sois como los gusanos que se alimentan de los despojos... pero, ¿hasta cuándo? ¿Qué les pasa a los gusanos cuando el cadáver ya no es más que polvo y huesos mondos? —el viejo terminó con un acceso de tos, y se quedó tembloroso sobre el frío disco metálico.

—Computable desde el principio al fin. Anotado y cerrado el expediente. Veredicto: La Unidad Económica U12H34P muestra un desprecio total hacia los más sagrados principios económicos de la Sociedad de Consumo, al no gastar la mayor parte de los créditos de que dispone. Eso ya merece ser castigado con la pena de muerte. Pero, como agravante, la Unidad Económica admite ser miembro de una secta

subversiva, y difunde heréticas concepciones de la vida, constituyendo un peligroso foco de contagio de un germen más peligroso que los que atacan al cuerpo; pues sus palabras intentan subvertir la lealtad del ciudadano-consumidor, pretendiendo desalienar las restantes Unidades Económicas.

Los guardias del SQ habían recobrado su compostura, y sus manos se engarfiaban sobre las electroporras.

—Por todo lo antedicho, yo, robot juez del distrito Ib006, condeno a la Unidad Económica U12H34P...

—¡Juan Pérez! —fue el postrer grito, desafiante, del último de los hippies.

—...a muerte.

Computado y grabado su veredicto en los Bancos de Memoria, el robot juez conectó un circuito, y del disco metálico del suelo saltó una carga eléctrica de tal magnitud, que la chispa llegó hasta el techo, donde sería recogida por el neón en forma de antorcha que coronaba el Palacio de Justicia Automática.

Fuera, los viandantes se detuvieron un instante, y supieron que un nuevo juicio había terminado con otra pena de muerte, al iluminarse la antorcha. Se reajustaron las mascarillas antipolución, y siguieron el trabajoso saltar de techo de coche en techo de coche...

Dentro, de Juan Pérez, el último hippie o, mejor dicho, de la Unidad Económica U12H34P, sólo quedaban unas pocas cenizas que pronto fueron absorbidas por los climatizadores.

Se había hecho la Justicia Automática.

Pero, tras la ceguera del relámpago de la justicia, la Unidad Económica H98D76P, guardia del SP, sintió rondar por su cabeza una pregunta que, cosa curiosa, parecía sonar con el cascado tono de voz del viejo:

¿Qué les pasa a los gusanos cuando el cadáver ya no es más que polvo y huesos mondos?

Y se sintió gusano.

CARLO FRABETTI

Extraña simbiosis de fan italo-hispano, Frabetti se ha distinguido siempre por su espíritu dialéctico-crítico, más que creador (si bien la crítica deba suponer a menudo una creación).

Afincado definitivamente en Barcelona, comenzó a editar una revista: «Láser».

Por lo que se refiere a «Dialexis» y «Par», hace la siguiente introducción:

«Estos dos relatos —o, más bien, fábulas—, aparentemente desconectados, son en realidad complementarios y constituyen una unidad, puesto que pretenden señalar los dos polos, las dos posibilidades antagónicas de ese cuchillo de dos filos que es la tecnología: arma suicida o herramienta redentora, según como se la emplee.»

En «Dialexis», la técnica sirve para constituir aquello que en «Par» contribuye a destruir. En ambos relatos hay una progresiva interacción: ser racional-máquina; en ambos asistimos a la culminación de sendos procesos tecnológicos..., sólo que de signo

contrario: evolutivo en el primer caso, involutivo en el segundo.

Carlo Frabetti (n. Bolonia, 1945) es un matemático, escritor, guionista de televisión y crítico de cómics italiano residente en España y que escribe habitualmente en castellano. Como matemático, cultiva asiduamente la divulgación científica y la literatura infantil y juvenil. Sus obras más importantes son El mundo flotante y sus continuaciones.

Carlo Frabetti ha publicado más de cuarenta libros, entre los que destacan El bosque de los grumos y los protagonizados por el enano Ulrico (La magia más poderosa, Ulrico y las puertas que hablan, Ulrico y la llave de oro). Escribió con Franco Mimmi Amanti latini, la storia di Catullo e Lesbia, 2001.

N. e. d.

DIALEXIS

Los gark eran todos seres asexuados.

Cada individuo era autosuficiente para reproducirse mediante minúsculas esporas que emitía periódicamente por un órgano eyector.

En un principio, cuando aún no conocían el lenguaje y vivían en madrigueras, los gark emitían sus esporas en las densas ciénagas de los bosques, donde grandes masas de vegetales en descomposición suministraban los principios nutritivos necesarios para su germinación. Tenían que emitir millones de esporas para que unas cuantas logran germinar, y de esas pocas la mayoría se malograban debido a la hostilidad del medio.

Los gark se hubieran extinguido pronto de no ser porque en sus toscos cráneos ardía una chispa de la más poderosa de las energías: la inteligencia. Construyeron habitáculos para protegerse de los elementos y las bestias; aprendieron a usar el fuego; fabricaron herramientas...

E hicieron recipientes para proteger y controlar la germinación de sus esporas.

Al principio eran simples cuencos de barro, que llenaban con pulpa vegetal recogida en las ciénagas y que mantenían a la temperatura adecuada mediante toscos braseros. Emitían periódicamente sus esporas en dichos cuencos, y cuando alguna lograba germinar la cuidaban y nutrían hasta el completo desarrollo del embrión.

Pasaron milenios.

El primitivo cuenco de barro se convirtió en un pulido recipiente de vidrio y metal, provisto de termostatos e indicadores luminosos, y la pulpa vegetal fue sustituida por un plasma nutritivo científicamente dosificado, en el que el embrión permanecía inmerso hasta su pleno desarrollo.

Los gark, gracias a las condiciones progresivamente favorables de su gestación, fueron naciendo cada vez más sanos y evolucionados: sus cuerpos se volvieron más flexibles y esbeltos, sus sentidos se agudizaron, sus cráneos aumentaron de tamaño para alojar cerebros mayores y más complejos...

Gark cada vez mejor dotados construyeron máquinas cada vez más perfectas.

Del recipiente termostático controlado por el individuo progenitor se pasó a la matriz artificial regulada por una computadora...

Máquinas cada vez más perfectas gestaron gark cada vez mejor dotados.

... Y de la matriz artificial, al robot gestador semoviente, capaz de desplazarse y obtener por sí mismo el alimento del embrión, capaz de tomar decisiones ante una emergencia...

Gark y máquina siguieron mejorándose el uno al otro, en un ciclo progresivo de mutuo perfeccionamiento, hasta que el gark fue una máquina de maravillosa precisión y la máquina fue un individuo de total autonomía.

Y como se habían moldeado mutuamente durante siglos, el gark y la máquina fueron pareciéndose cada vez más, hasta que fueron casi iguales. La única diferencia estribaba en que el gark emitía las esporas y la máquina (a la que no cabía seguir llamando así) las recibía en su seno y, cuando alguna germinaba, albergaba el embrión hasta su total desarrollo.

Para entonces los gark ya no construían las máquinas gestadoras (a las que no cabía seguir llamando así): éstas reproducían en su matriz modelos reducidos de sí mismas, que se desarrollaban exactamente igual que una cría de gark.

Prescindiendo de la disparidad de origen, gark y ex máquina se fundieron y confundieron en una especie común de individuos idénticos aunque funcionalmente distintos a efectos de la reproducción: el gark y la gark.

PAR

En cuanto la vio, acurrucada en un banco del parque supo que ardía en su misma fiebre.

Aquellos ojos atormentados, aquella actitud tensa, a la vez asustada y desafiante... A pesar de su patética demacración, se veía que era joven. Y hermosa: en su expresión brillaba la arrogante belleza de la rebeldía.

Se estremeció violentamente, incapaz de apartar los ojos de ella, que, absorta en su angustiosa obsesión, no se había percatado de su presencia. Él era tímido y retraído, con esa timidez característica de los perros que han recibido muchos golpes; pero una fuerza superior a cuanto hubiera experimentado hasta entonces lo hizo permanecer allí, a pocos metros de ella, mirándola fijamente. Tal vez fuera la última mujer de la ciudad. La última mujer sin su Par...

El Par, prodigiosa culminación de la tecnología, no había sido un invento súbito, inesperado. Se había llegado a él paso a paso, tras años de progresivos perfeccionamientos. El punto de partida del proceso había que buscarlo en aquellas muñecas de goma con forma de mujer, a tamaño natural, que habían hecho furor en la segunda mitad del siglo XX.

Con el tiempo, la goma había sido sustituida por materiales cada vez más... convincentes. Las muñecas fueron provistas de un armazón interno y un motor central que les imprimía movimientos rítmicos. Cada vez más convincentes.

Termostatos, sincronizadores, efectos acústicos... De la muñeca hinchable al robot-concubina, difícil de distinguir de una mujer real, la escalada fue rápida e ininterrumpida.

Naturalmente, el robot-amante masculino no se hizo esperar.

Fueron fabricados diversos modelos de ambos sexos, para todos los gustos, y los que tenían el dinero suficiente podían encargarse andróides «a la medida» e incluso modelos de gran fantasía, con rasgos extrahumanos, miembros supletorios, efectos especiales, etc.

Los andróides, para ser perfectos, sólo necesitaban un alma: una psique a la medida que sirviera de complemento a la del usuario.

Pero la psicología y la cibernética no se habían quedado atrás.

Cuando se consiguió un modelo electrónico satisfactorio del cerebro humano se pudo dar el paso definitivo: del robot-amante al robot-pareja ideal..., el Par.

Su fundamento teórico era bien sencillo: una vez establecido, mediante tests de muy diversos tipos, el esquema psíquico de un individuo, se programaba el cerebro electrónico de su

androide-pareja de acuerdo con sus exigencias intelectuales y emotivas, de forma que se le adaptara lo mejor posible.

Cada robot iba, además, provisto de un receptor de ondas cerebrales sintonizado con la frecuencia mental de su dueño, para poder captar sus cambios de humor y adaptarse a ellos instantáneamente: el «sexto sentido», esa comprensión más allá de las palabras que no puede faltarle a la pareja ideal.

Ella levantó la cabeza bruscamente, como si de pronto la presencia de él la hubiera tocado.

Sus ojos se encontraron...

Era muy difícil distinguir a un androide de un ser humano, no sólo porque los robots se parecían cada vez más a los hombres..., sino también por lo recíproco.

Y, más que difícil, la distinción era en muchos casos innecesaria. Las relaciones interhumanas se habían convertido en meros ritos mecánicos que una máquina podía efectuar igual o mejor que un hombre.

Naturalmente, en tan uniforme panorama sociológico los inadaptados destacaban como esporádicos tumores. Tumores que había que curar.

O extirpar.

Se sentó junto a ella, en silencio. Los ojos de ambos, como cautivos de una mutua hipnosis, no se separaron ni un

instante. Sus manos se buscaron y entrelazaron, temblorosas al principio, luego con desesperada fuerza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él con voz entrecortada...

Cuando los inadaptados eran aún relativamente numerosos se juntaban en pequeñas tribus. Se hacían llamar mediante nombres propios, a la antigua usanza, y vivían con sencillez, cuando no en la miseria.

Pero sus vidas se habían ido haciendo cada vez más duras, cada vez más difíciles. Poco a poco, el sistema los había ido absorbiendo, hasta que llegó el día en que prácticamente todos los habitantes de la ciudad, hombres y mujeres, tenían su Par.

—María —respondió ella, esbozando una sonrisa.

Hacía mucho tiempo que él no veía sonreír de aquella manera: dulcemente, con comprensión y ternura... y también con un punto de tristeza.

No necesitaron hablar mucho. Pocas horas después yacían juntos bajo las estrellas, estrechamente abrazados...

Una vez comprobada la eficacia del modelo experimental «María-ojos-atormentados», fue fabricado en serie y distribuido por parques y lugares solitarios.

De este modo la Ciudad resolvió por fin el engorroso problema de los últimos inadaptados.

CARLOS SÁIZ CIDONCHA

Con toda tranquilidad el buen Cidoncha cazaba elefantes en el Congo. Como es físico y meteorólogo, los elefantes poco tenían que ver con estas aptitudes; de modo que se transmigró a la península, y se dedicó a sus meteorologías.

Este es el primer relato de SF que publica en España. Sus gustos como escritor —todo aún inédito, aunque por poco tiempo— cultivan una forma nueva en la SF: la historia-ficción.

Periodista, físico y escritor, Carlos Sáiz Cidoncha nació en Ciudad Real en 1939.

Dedicado al género de la ciencia-ficción, está considerado uno de los escritores clásicos en lengua castellana dentro de este apartado. Ha escrito cientos de relatos que han sido traducidos a varios idiomas.

A lo largo de su carrera ha recibido dos premios Ignotus, uno honorífico a toda su obra y otro, en 1998, por su ensayo dedicado a la Saga de los Aznar, coescrito con Pedro G. Bilbao.

N. e. d.

RACISMO

Fueron los niños quienes le descubrieron, los niños que se habían alejado en sus juegos por las últimas cavernas apenas exploradas, aquellas que las viejas leyendas decían más próximas a la Superficie.

Avanzaba sollozando a la suave luz fosforescente de los microhongos, tanteando ante sí como si estuviera ciego.

—Mira —susurró la pequeña Lain—, es un hombre.

—Pero ¿quién es? —respondió Hut en el mismo tono—. No es nadie a quien conozcamos.

—¡Cuidado! —exclamó un tercer niño.

El hombre se detuvo, e incluso retrocedió un paso, medroso.

—¿Quién hay ahí? —gritó—. ¿Quién hay ahí?

Los chicos se pegaron al suelo, asustados. Pero aquel extraño personaje no podía causarles miedo por mucho tiempo. Adelantó un brazo y, al dar un paso hacia un lado, tropezó y estuvo a punto de caer.

Una triple risita brotó del grupo infantil.

—¿Quiénes sois? —gritó de nuevo el hombre—. ¡Oh!, debo de estar enloqueciendo ya... ¿Quién se ríe en la oscuridad? ¿Sois personas, o demonios?

Hut, como persona mayor del grupo (tenía diez años cumplidos), se creyó en el deber de hablar:

—Soy Hut —dijo simplemente.

—Yo soy Lain —siguió la niña.

—Y yo, Perth.

—¿Quién eres tú?

El hombre se sentó en el suelo y, para sorpresa de los niños, se echó a reír.

—Voces, voces que me hablan en la oscuridad —murmuró—. Es el delirio, me estoy muriendo. ¿O no? ¿Sois reales? ¿Sois personas de verdad?

—Soy Hut —dijo de nuevo el niño mayor.

—Yo soy Lain.

—Y yo, Perth.

—¿Quién eres tú?

—Soy Lee, Adam Clayton Lee... —la voz del hombre era espasmódica—. Pero si sois personas de verdad... venid a ayudarme, por favor. Estoy perdido en estas cuevas desde hace... desde hace... no lo sé; he perdido la noción del tiempo.

Estoy muerto de hambre, de sed, de cansancio... ¡Ayudadme!
¡Ayudadme!

El misterioso intruso se puso a gatas en el suelo, tanteando a derecha e izquierda. Paso a paso, los niños se le acercaron.

Y entonces fue cuando el llamado Adam Clayton Lee tendió la mano en su dirección. Resonó un triple grito de espanto, que retumbó en mil ecos contra las paredes de la caverna, en tanto que los niños huían a todo correr. En vano Adam Clayton Lee agitó el brazo, suplicando:

—¡No os vayáis! ¡Por favor, no os vayáis!

Los tres fugitivos estaban ya fuera del alcance de su voz, y aunque así no fuera nunca hubieran vuelto sobre sus pasos. Corrían y corrían, y no se detuvieron hasta llegar a las inmediaciones del primer pueblo troglodita.

—¡Un Normal! —chilló Hut, atragantándose debido al pánico—. ¡Allí, en la cueva... la última cueva del fondo...!

Acudió la gente. El robusto Ran dejó la fragua. La tía Zres abandonó lo que estaba tejiendo. La joven Lur dio la espalda a su cocina.

—¿Quién?

—¿Qué?

—¿Cómo?

—¿Dónde?

—¿Cuándo?

El corro de gente fue aumentando. Y el pánico hizo su aparición en el pueblo.

—Los Normales...

—Otra vez los Normales...

—Después de tantos años...

—Nos matarán a todos...

Empezaron a gritar. Empezaron a sacudir a los asustados niños. Pero, finalmente, la voz de Hut se dejó oír, chillando con todas sus fuerzas.

—¡No! ¡Era sólo uno, y parecía medio muerto! ¡Nos pedía ayuda!

Y el silencio se hizo. Las personas mayores miraron a los niños, pensativas. Luego se miraron entre sí. Y luego miraron de nuevo a los niños.

—De modo que pedía ayuda... — murmuró el tío Benth.

—Y era uno sólo...

—Y parecía medio muerto...

Alguien soltó una risita sin ninguna alegría. Y una mujer sonrió. Y un hombre crispó los puños.

—Vamos.

—Vamos.

Y la multitud se puso en marcha, en silencio. Cada cual hablaba consigo mismo, con su propio pensamiento, y ciertamente apreciaba lo que su propio pensamiento le respondía. La multitud se puso en marcha, y eran varias las personas que sostenían trozos de piedra o rústicos garrotes.

Le encontraron en el mismo lugar donde los niños le habían dejado. Les oyó venir y se incorporó.

—¿Habéis vuelto? —gorgoteó, esperanzado.

—Sí, hemos vuelto —le respondieron.

—Todos hemos vuelto.

Le rodearon, mientras él manoteaba torpemente.

—No puede vernos —susurró la joven Lur—. Está ciego.

—No, no está ciego —respondió Ran—. Sus ojos no están acostumbrados a la luz de los microhongos. Nuestros antepasados tampoco podían ver nada en los primeros meses... Él viene de la Superficie.

—Mirad sus manos.

Un escalofrío corrió por la multitud. Y luego, como reacción, el corro se cerró un poco más.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó el intruso, empezando a inquietarse—. ¿Habéis escapado también?

—Sí, hemos escapado —dijo alguien.

—Escapamos hace mucho tiempo.

—Nuestros tatarabuelos fueron los que escaparon.

El hombre que decía llamarse Adam Clayton Lee intentó penetrar en las tinieblas que le envolvían.

—No os entiendo.

—Nos entenderás —dijo el robusto Ran. Y empezó a cantar:

«Cinco sí, cinco sí, cuatro no.

¡No, señor!

Cuatro no, cinco sí, cuatro no.

¡No, señor!...»

Adam Clayton Lee emitió un pequeño grito de sorpresa:

—¡Entonces... fue aquí en donde os ocultasteis! ¡Sois... sois los Mutantes!

—Sí, somos los Mutantes.

—Los cochinos Mutantes.

—Los bastardos Mutantes.

—Los Mutantes, que no fueron creados por Dios.

—Los Mutantes, que fueron creados por el Demonio.

—Los Mutantes, que deben ser destruidos.

—Basta! —gritó el hombre, llevándose las manos a los oídos.

—Nos refugiamos aquí, pero no todos tuvieron oportunidad de hacerlo.

—Cogieron a más de la mitad antes de que los demás se internaran en las grutas.

—Y persiguieron también a los que habían entrado.

—Hasta que creyeron haberlos matado a todos.

—Pero algunos escaparon a través de las grietas ocultas. Y encontraron este mundo subterráneo.

—Donde lograron sobrevivir y reproducirse.

—Encontraron metal, y hongos comestibles. Y plantas de maderadura que crecían sin necesitar la luz. Crearon una civilización.

—Y nosotros somos sus descendientes.

Adam Clayton Lee se encogió sobre sí mismo, en el centro del corro.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —gimió—. Estoy hambriento, estoy muerto de cansancio.

Alguien rió:

—Te daremos de comer, Normal, pero deberás ganártelo. Y deberás ganar cada segundo que te permitamos vivir.

—Deberás cantar, Normal —dijo Ran—. Canta, Normal...

«Cinco sí, cinco sí, cuatro no...»

—¡No! —gritó el hombre de la Superficie.

—¡Sí! ¡Canta, canta, Normal!

«Cinco sí, cinco sí, cuatro no...»

—¡Canta!

—¡Canta!

Se puso en pie, tambaleándose, temblando de espanto. Alguien le golpeó en la cara, derribándolo de nuevo. Otro le dio una patada en un costado.

—¡Canta!

—¡Canta!

«Cinco sí, cinco sí, cuatro no...»

—¡Canta!

«¡No, señor!...»

—¡Canta!

«Cuatro no, cinco sí...»

—¡Canta!

—¡Canta, Normal, canta!

El hombre se volvió a levantar, sujetándose a la pared de la gruta.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡Nadie canta eso!

—Sí, nosotros lo cantamos —dijo Ran, implacable—. Lo hemos venido aprendiendo de generación en generación. Tus tatarabuelos se lo enseñaron a los nuestros. Tus tatarabuelos eran unos grandes maestros de canto.

—No, no sabe cantar —rió el alto y delgado Zog—. Tal vez prefiera bailar.

—Sí, ellos también gritaban: «Baila, Mutante, baila.» Y nuestros tatarabuelos bailaban. Bailaban colgando de una soga.

—¡Escuchadme! —gritó Adam Clayton Lee—. ¡Por Cristo Crucificado, escuchadme! Yo no he colgado a nadie...; soy un fugitivo como vosotros...

—¡Ah!, ¿sí? —se burló Ran—. ¿Eres de una raza inferior porque el color de tu pelo es distinto?

—¿Eres de una raza inferior porque tus ojos son demasiado salientes?

—¿Eres de una raza inferior porque tu piel es morena?

—¿Eres de una raza inferior porque tus orejas son alargadas?

—¡No! —aulló el hombre, acosado—. Dicen que soy de una raza inferior... porque soy un ser humano. La Galaxia está en guerra y los Xern, nuestros enemigos, han ocupado este planeta... el quinto de Gamma Sagitarii. Para ellos todos los

humanos terrestres son de raza inferior...; nos matan o nos someten a la esclavitud...

Un coro de carcajadas acogió su explicación.

—¿Los Xern? —rió Zog—. ¿Son superiores a la humanidad? ¡Claro, lo comprendo! Sin duda tienen «seis dedos».

«Seis sí, cinco no, cinco no ¡No, señor!...»

Todos se retorcían de risa. Se apretaban los costados y reían a carcajadas.

—¡Los Xern son los verdaderos Normales! ¡Vosotros sois también Mutantes!

—¡Los Xern han sido hechos a imagen y semejanza de Dios, y vosotros a la del Demonio!

—¡Los bastardos humanos Normales son una abominación, y deben ser destruidos!

—¡Escuchadme, por favor! —gritó desesperadamente Adam Clayton Lee—. Los Xern os perseguirían a vosotros también...; os matarían...

—¿Y qué diferencia hay entre su persecución y vuestra persecución? —rió el forzado Ran—. Nos ocultamos de vosotros y nos ocultaremos de ellos. "¡Ya estamos acostumbrados! Pero tú...

—¡Ya lo tengo! —interrumpió de pronto la tía Zres—. ¡Escuchad esto!—y empezó a contar con voz chillona—:

«Cuatro sí, cuatro sí, cinco no.

¡No, señor!

Cinco no, cuatro sí, cinco no.

¡No, señor!...»

Todos rieron y aplaudieron.

—¡Baila, Normal, baila! —dijo alguien.

—¡Traed una cuerda! —pidió otro—. El Normal bailará mientras nosotros cantamos.

—¡Baila, Normal, baila!

—¿Para qué una cuerda? —preguntó Ran—. Tengo aquí mi cuchillo. Veremos si sus intestinos han sido creados por Dios o por el Demonio.

—¡Bien dicho, Ran! —vocearon varios.

—¡Llevaos a los niños! —pidió la tía Zres.

Hut alzó la mirada suplicante.

—¡Yo quiero ver cómo matan al Normal!

Y fue en aquel momento cuando llegó el viejo Krau. Llegó, y se dirigió lentamente hacia el hombre de la Superficie, renqueando. Se interpuso entre él y la multitud.

—¿Qué quieres, Krau? —preguntó Ran extrañado.

El viejo se volvió hacia él y alzó una nudosa mano.

—No matarás a tu hermano, Ran —dijo.

—No es mi hermano —respondió el otro—. Es un Normal.
¡Mira sus manos!

El anciano no bajó la mirada.

—Unos hombres llegaron hace mucho tiempo de la Superficie buscando refugio contra aquellos que los oprimían —dijo con su voz cascada—. Hoy otro hombre llega aquí, también desde la Superficie, y huyendo asimismo de aquellos que le oprimen. Es tu hermano, Ran.

—¡No! —gritó alguien—. ¡Es un Normal!

—No es una víctima que huye de la opresión —continuó el otro—. ¡Es el mismo opresor de nuestros antepasados, que hoy se pone en nuestras manos!

—¡Aparta, Krau!

—¡Esperad! —dijo una nueva voz.

La joven Lur salió de entre la multitud y se puso junto al viejo.

—¡Escuchadme todos! —pidió—. Sólo hay dos razas en todo el Universo, la de los perseguidos y la de los perseguidores. Este hombre es un perseguido, igual que nosotros. No ha colgado a los nuestros, pero alguien ha colgado a los suyos. No ha seguido a nadie a través de las cavernas para matarle, sino que alguien lo ha seguido a él con esa intención. Si nuestros antiguos muertos necesitaban venganza, son los Xern quienes

se la han dado. El Universo está en guerra, y este hombre está en el mismo bando que nosotros.

—¡No! —gritó Ran a su vez—. Nosotros no pertenecemos a ningún bando. Si los Xern ganan la guerra seremos perseguidos por ellos. Y si los humanos vencen, también ellos nos perseguirán.

—Si los humanos vencen, tal vez el haber sido tratados como una raza inferior... tal vez eso modifique sus sentimientos hacia los que ellos antes trataron de la misma forma. Tal vez entonces comprendan «el lado malo» de las teorías racistas..., el lado que ven las razas sometidas.

—¡Tiene razón! —aprobaron varias voces.

Pero otras gritaron:

—¡Que muera el Normal! ¡Que nuestros antepasados sean vengados por nosotros mismos!

—¡Nunca será un igual para nosotros! —chilló la tía Zres—. Si un día pudimos considerarnos iguales, fueron ellos, los Normales, los que dijeron que no lo éramos. ¡Es tarde ya para cambiar de opinión!

—Si le matamos nos igualaremos a los asesinos de nuestros antepasados. ¡Seremos igual que ellos, y nada podremos reprocharles! —opinó uno.

—Fueron ellos los que desencadenaron la lucha —le replicó otro—. El odio engendra odio, y justo es que el asesino muera a manos de los hijos de la víctima.

—¡Que viva!

—¡Que muera!

El silencio se hizo de pronto en el exterior del círculo, y fue avanzando hasta llegar a las primeras filas. Todos callaron y volvieron la cabeza hacia atrás.

Y luego las filas se apartaron, una tras otra, abriendo camino hacia el centro, hacia donde se hallaba el aterrorizado Adam Clayton Lee.

Había llegado Tur Neb, el de los Dos Nombres, el dirigente de la comunidad, respetado por todos, guía y jefe de la raza subterránea.

Avanzó entre las filas de sus gentes, hasta quedar ante el intruso.

—¿Es este el Normal llegado de la Superficie? —preguntó entonces.

—Este es —respondieron una docena de voces.

—Un Normal no puede vivir entre mi pueblo —dictaminó Tur Neb—. Dame tu cuchillo, Ran.

El robusto Ran tendió el arma al jefe. Un cuchillo de cobre, muy afilado.

—El no ha hecho nada para morir —dijo la joven Lur.

El jefe avanzó hacia el hombre de la Superficie. Miró a la joven Lur. Y la joven Lur se apartó de su camino. Luego miró al anciano Krau. Y el anciano Krau se apartó de su camino.

Adam Clayton Lee intentó retroceder, escapar.

—Sujetadle —ordenó Tur Neb.

Y una docena de fuertes manos inmovilizaron a Adam Clayton Lee.

—El odio debe ser enterrado —dijo el dirigente—. Un Normal no puede vivir entre mi pueblo.

El cuchillo realizó su tarea. Se escuchó un grito, y la roja sangre manchó el suelo de roca.

—Lo que debía ser hecho ha sido cumplido —dijo Tur Neb.

El hombre de la Superficie había quedado acurrucado en el suelo, hecho un guiñapo. Las manos que le sujetaban soltaron la presa.

Y Adam Clayton Lee se alzó, con un gemido, llevándose las ensangrentadas manos a la boca. En el suelo quedaban dos pequeños objetos blancos, retorciéndose levemente merced a las últimas contracciones de nervios y músculos. Dos objetos alargados y cilindricos, que habían significado antaño miles de muertos y un frenético odio entre los hombres: dos dedos humanos.

Hubo un pesado silencio. Luego Ran rió.

Y Zog rió.

Y el viejo Krau rió.

Y la tía Zres rió.

Y la joven Lur rió.

Y todos rieron, mas no como antes, sino con auténtica alegría, con el contento de ver el problema solucionado a gusto de todos.

Rodearon al recién llegado. La tía Zres recogió hongos para cuidar sus heridas. La joven Lur tomó su brazo. El robusto Ran le echó la mano por encima del hombro.

Y en amistosa compañía todos ellos le guiaron hacia los poblados trogloditas, hacia el hogar de la Raza Perseguida a la que ahora él mismo pertenecía.

CARLOS BUIZA

Fue «conocido» por dos cosas: una, ante los fans de la SF, por su fanzine «Cuenta Atrás»; otra, ante el gran público, por sus premiados y televisivos guiones ante Televisión Española. Del primero nada más se supo; de los segundos espera que el señor Atienza (presente en esta antología) termine de montar los guiones que entre entrambos hicieron.

Carlos Álvarez Buiza de Diego (n. 1940) es autor del cuento de ciencia ficción "Asfalto", que fue adoptado por Narciso Ibáñez Serrador para televisión en "Historias para no dormir" ganando la Ninfa de Oro y la Paloma de Plata, premio especial de la UNDA al mejor guion en el Festival de Televisión de Montecarlo, así como de "Un mundo sin luz" (Plaza de

Oro en el IV Certamen Internacional de Berlín y Premio de la Juventud), "Historia de amor", "Viaje de Estudios" y "Limpiacielos".

Se trata de una figura imprescindible en el desarrollo de la ciencia ficción española de los años 60 en adelante.

N. e. d.

HISTORIA DEL PASTOR Y SUS OVEJAS

BAJAS del monte, viejo pastor. Has estado allí todo el verano
con un rebaño de ovejas que no son tuyas, pero a las que
quieres más que a ti mismo

porque te han dado compañía por el día y por la noche,
porque te reconocen sin siquiera mirarte;

y te aman.

En tus noches de tremenda soledad no has sufrido.

Eres un hombre elemental,

que ni lees ni escribes ni tocas la flauta.

Sólo silbas a tus ovejas.

No necesitas perro de pastor.

Tus manos, viejo, son las de un *homo sapiens*;

y tus andares, al subir o bajar una ladera,

al escalar un risco o cuando saltas,

recuerdan un tiempo ya pasado,
oscuro y olvidado,
en el que los hombres eran animales y los animales, fieras.
Y tampoco ha habido lobos,
porque los lobos ya no existen.

Sí. No ha sido malo el tiempo. Todo salió bien.

Las noches fueron tranquilas,
y cuando la brisa era favorable distinguías confusamente,
en la paz de la noche,
la campana de la iglesia del pueblo,
cinco leguas monte abajo.

Pensabas en la campana, en la campana de la torre de la
iglesia,
en sus ventanas.

Tu pensamiento descendía sobre la roca y llegabas hasta la
plaza del pueblo.

Allí en la plaza, estaban todos: el cura, la vieja Rosa, el hijo
del barbero —ese que te tira piedras cuando te ve—, y María,
la pequeña María,

que para ti es una pequeña ovejita rosada...

Todos.

Cuando ya no oías la campana tu mente se quedaba de nuevo en blanco;

ya no pensabas en nada, porque en nada sabías pensar.

Venía el sueño,

te llevaba con él

y te dormías.

Y cuando otra noche oías la campana,

tus recuerdos volvían.

Esta mañana fue otra cosa

la que te despertó.

Al salir de tu cueva pensaste de nuevo:

porque

algo

había

pasado.

Miraste el redil y viste toda una valla dislocada;

las maderas partidas en dos,

como si un peñasco gigantesco las hubiera golpeado.

Y faltaba la mitad del rebaño.

Las ovejas que se encontraban dentro...

—¿cómo dijiste?

«Están como dormidas»;

era tu forma de entrever la tragedia,

porque las ovejas

estaban

muertas.

Eres elemental, viejo, pero tienes defensas.

Y algo dentro de ti se rebeló

sin permitir

que vieras la muerte cara a cara, que comprendieras la muerte.

Bajaste a buscar las que faltaban.

Sabías que las encontrarías.

Eres un buen pastor.

No iba a resultarte difícil: se hallaban cerca del redil,

diseminadas,

muertas una a una.

Y tú pensabas: «Están como dormidas.»

Faltaba una oveja que corrió más que las demás.

Monte abajo, como un desesperado, corriste.

Por eso tu cuerpo dio una y otra vez contra el suelo.

Tus reflejos están gastados. Tu ímpetu no era prudente.

Pero faltaba una oveja.

Bajaste la montaña entera. Te hallabas cerca del pueblo,

y allí, a tiro de piedra,

descubriste la bola inmóvil,

como dormida,

como muerta.

Tu última oveja

estaba

muerta.

Viejo:

parecías una obra escultórica animada. Tu oveja sobre los
hombros,

tu semblante demudado,

tu respiración entrecortada,

tus ojos bailando en tus órbitas, sin comprender.

«¿Por qué, pensaste, por qué no repica la campana de la iglesia?»

La mirabas una y otra vez. Mirabas al suelo,

a la campana,

al suelo otra vez,

a la campana.

Todo estaba mudo. El campanario no pudo responderte.

Pisaste otro cadáver calcinado. Está como dormido,

¿verdad, viejo?

Tus músculos se cansaron de soportar tanto.

Ya sentado sobre una piedra contemplaste a tu oveja, como dormida,

como muerta.

«¿Por qué tienes llagas, oveja?

¿Qué le ha pasado a «tu lana que «se cae a mechones?

«¿Qué le ha pasado a tu piel que «se desgaja?

«¿Quién te ha arrancado «los dientes?

«Y todos duermen y es mediodía...

Es inútil, viejo.

Nadie responderá a estas preguntas que tú mismo olvidas después de formuladas.

Todo

está

muerto.

¿COMPRENDES?

¿Sabes algo de

radiactividad?

Mira tu mano callosa. Fíjate en ella;

advertirás que no es la misma que otras veces.

Como tu última oveja, está llagada, abierta;

sus huesos, tan blandos, casi parecen de goma.

Y tu espalda es carne viva, color bermellón,

medio putrefacta por esa lluvia mortal que no comprendes.

Desengáñate, viejo; nunca sabrás.

Ni volverás a ver al cura, ni al chaval que te tira piedras,

ni a todos los que te llaman el-tonto-del-pueblo;

ni a la pequeña María,

que a ti te parece una ovejita rosada.

Así, tumbado en la plaza.

Si sabes rezar, pastor, reza.

Porque

te

estás

muriendo...

JUAN EXTREMADURA

Juan Extremadura no es otro que el amigo Ecorfe de «La codorniz». Para él —humorista al fin y al cabo—, la SF no es sino un distanciamiento de la realidad —o de las realidades— para ser ésta —o éstas— juzgada —o juzgadas— desde una perspectiva —o perspectivas— más amplia —o amplias—.

Ecorfe, es el acrónimo de Elías Cortés Fernández. Escribió en La Codorniz desde mayo de 1965, donde incluyó un artículo titulado Recordando a Lovecraft en el número del 22 de agosto de 1971.

N. e. d.

VIVIR DEPORTIVAMENTE

La calle, como todas las de la ciudad, era de ceniza batida o tartán. Estaba perfectamente señalizada: cien metros, doscientos, cuatrocientos..., y flechas indicadoras de itinerarios de mil metros, mil quinientos y diez mil. De trecho en trecho, entre zonas ajardinadas, los gimnasios al aire libre lanzaban su permanente reto de equilibrio y potencia: anillas, espalderas, paralelas, pesas, etc. Y en cada manzana de casas, una piscina y los campos de fútbol, tenis, baloncesto y demás deportes por el estilo ponían una nota de agilidad y colorido en el ambiente.

Era temprano y la ciudad se veía desierta; apenas algún que otro voluntario u obligado compañero del Alba hendía en el silencio como una sombra. Arriba, en las terrazas de los altos edificios, el sol comenzaba a jugar con los primeros humos cuidadosamente descontaminados, con las últimas gotas de rocío que, ansiosas de vida, se aferraban a las antenas de la televisión tridimensional.

El sargento-monitor del Cuerpo Represor de Alfeñiques miró de soslayo al joven. Una sonrisa de suficiencia, de esas de «¡A mí me la vas a dar tú!», amaneció en su rostro rojizo y

saludable, y, dirigiéndose al policía-monitor compañero de pareja, dijo:

—¿Qué te parece el mozo? Nos quiere hacer creer que vive deportivamente.

—Yo creo que se equivoca si piensa que va a engañarnos, mi sargento —el policía sonrió condescendiente, como si comprendiera la falta de experiencia de muchos jóvenes alocados—. Con ese tipo estoy seguro que no hace ni media hora de gimnasia al día.

—Hago tres horas en casa, señor —se rebeló el joven—. Y en la oficina, una y media.

—Apuesto a que mientes —el sargento-monitor se había vuelto hacia él. Esta vez lo miraba de frente con ojos duros, fríos—. Vamos a ver, vete a la señal aquella y corre hacia aquí los cien metros lisos.

Sin decir palabra, pero con el alma repleta de temores, el joven se quitó el «chandall-uniforme» obligatorio para ir por la calle y echó a andar en dirección a la señal. Cuando llegó a ella, dio unos saltitos, se concentró unos segundos, luego se colocó en posición de salida y, nada más oír el disparo, corrió con todas sus ganas, con toda su furia, que no era poca.

—Doce segundos —gritó el sargento sin quitar la vista del cronómetro. Luego, con parsimonia, levantó los ojos y miró fijamente al corredor—: Según el Reglamento, y dada tu edad,

deberías haberlos corrido en once segundos y tres décimas como máximo.

El joven jadeaba. No podía hablar.

—Den... me o... otra opor... tú... oportunidad, por favor —logró articular al fin.

—No puede ser, muchacho —hinchó el pecho el sargento—. Te hemos demostrado que teníamos razón.

—Verá, sargento —siguió el joven con voz angustiada—: al salir de casa me paró otra pareja de su Cuerpo y he tenido que hacer los mil quinientos metros, diez minutos de pesas y una serie de ejercicios gimnásticos en barra fija. Quedé bien, pero estoy cansado. Si usted me permitiera...

—¿Y cómo no tienes perforada la Tarjeta Comprobante de Forma? —le interrumpió el policía.

—Es que cuando iba a entregársela tuvieron que salir apresuradamente tras dos sospechosos. Uno de ellos era muy estrecho de pecho y el otro tosía mu...

—Muy raro. Muy raro —el sargento se quedó unos instantes pensativo—. Está bien, voy a darte otra oportunidad. La última. Vamos al saltómetro y a ver cómo te defiendes con la pértiga.

Marcharon los tres a la zona de saltos más cercana, y, mientras el joven examinaba la pértiga cuidadosamente, la pareja levantaba el listón a una altura considerable.

—No quisiera desanimarte, pero me parece que te va a resultar difícil sobrepasar el mínimo reglamentario —el sargento iba hacia el muchacho hablando fuerte y moviendo la cabeza negativamente, como apesadumbrado—. Ya sabes que son tres metros y medio.

El joven no dijo nada. Tomó fuertemente la pértiga, relajó los músculos de las piernas y comenzó a correr. Los primeros pasos con desgana aparente, después incrementando la velocidad hasta que clavó la vara en el cajetín con gran maestría y el impulso pareció elevarlo hacia las nubes. Por un momento los policías creyeron que sería capaz de vencer el obstáculo y no pudieron evitar una exclamación de ánimo, pero no tardaron en comprobar que el listón lo acompañaba pesadamente en su caída sobre la gomaespuma.

—¿Te convences de una vez por todas? —gritó el sargento—. Ya has visto que a nosotros no se nos escapa una. Demasiados miramientos hemos tenido contigo.

El saltador se levantó furioso. Sus ojos echaban fuego y en su boca se dibujaba una mueca de amargura.

—¿Por qué no han dejado para mañana la comprobación? ¡Díganme! ¿Por qué? Ya les dije que estoy cansado. Esto... esto es anticonstitucional.

—Nada, nada —siguió el sargento—. Tú no vives deportivamente. Se te nota a cien leguas. Estás en baja forma, muchacho, y el Reglamento es el Reglamento. Así es que ya

sabes, a pasarte quince días en una Residencia de Formación Física Acelerada. Y eso si no tienes antecedentes de canijo o apático deportivo, que como los tengas te veo en un Campo de Concentración Preolímpica.

El joven agachó la cabeza y los tres echaron a andar en silencio. Al ir a cruzar la calle, tuvieron que apartarse para dejar paso libre a dos corredores que, pálidos como la cera y sudando a chorros, competían en un maratón bajo la severa vigilancia de algunas patrullas de control repartidas por las inmediaciones.

JOSÉ LUIS GARCI

Larga es la biobibliografía de Garci en relación con la SF. Resumamos: crítico de cine desde 1963 en «Signo», «Cinestudio», revista «SP» y «Reseña». Premios: el del C. E. C. a la mejor labor literaria del año (1969). Ha escrito dos películas y, como guionista de TV., la serie «Plinio». «Nueva Dimensión» le concedió el premio a la mejor labor en pro de la SF por los artículos publicados a lo largo del año (en «SP»)...

Le cabe el honor de haber escrito el primer ensayo en castellano sobre un autor de SF extranjero. Nos referimos a «Ray Bradbury, humanista del futuro» (Helios, 1971), libro completo y definitivo, a pesar de ciertas críticas adversas.

Garci se confiesa apasionado amante de la literatura fantástica, del terror, de la música de Mozart, de las novelas de Scott Fitzgerald, del teatro de Peter Weiss, del cine de Murnau y de Hitchcock y de Fellini, y de películas como «Cantando bajo la lluvia», «Rebelde sin causa», «2001», «Tú y yo»..., y Picasso, por supuesto, que lo ama.

José Luis García Muñoz, conocido como José Luis Garci (Madrid, 20 de enero de 1944), es un productor, crítico, presentador de televisión, autor literario, guionista y director de cine español. En 1983 ganó el primer Óscar para una producción española en la categoría de mejor película de habla no inglesa por Volver a empezar. Ha sido nominado para esta misma distinción otras tres veces, más que ningún otro director de cine español, por las películas Sesión continua (1984), Asignatura aprobada (1987) y El abuelo (1998). Es miembro de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood.

Paralelamente a sus trabajos cinematográficos, escribió y publicó relatos de ciencia ficción en diversas revistas, como Drácula. Como narrador y ensayista es autor de una decena de libros, entre ellos Bibidibabidibú (1970), Ray Bradbury, humanista del futuro (1971), Adam Blake (1973) y Campo del Gas (2016), por los que ha recibido premios como el Nueva Dimensión o el González-Ruano de Periodismo.

N. e. d.

«¡STILLE NACHT, HELLIGE NACHT!»

Lo cierto fue que empezamos a beber muy temprano, y poco antes del anochecer, a eso de las cuatro (las seis, según nuestro horario), ya cada uno de nosotros se mostraba alegre y con ganas de gritar y de llamar la atención.

Bien; creo que esto, en medio de todo, era lógico. Y hasta imagino que estaba previsto. ¡Alguna vez tenía que suceder! Además, y en otras ocasiones, eso mismo ya había sucedido. ¿Qué importancia podría tener?

La noche anterior había estado nevando, y también buena parte de la mañana. Tuve servicio en el laboratorio hasta el amanecer. Vi, pues, cómo la Zona y, un poco más allá, el pueblo se iban cubriendo de nieve. No pensé que cuajara tanto, pero al ver que sí me alegré. Claro que me alegré. Es curioso; no podría decir muy bien el motivo de mi contento, pero me alegré. Era como si de pronto hubiese descubierto que la nieve era algo muy mío. Quizá —y es, en todo caso, una hermosa justificación— porque unas navidades con nieve, en la Tierra o en donde sea, se asemejan algo más a la significación de las cosas que nos enseñaron.

La nieve, sin embargo, me hizo recordar; más que la nieve, claro, supongo que fue el mundo evocador que ésta simboliza. La verdad es que durante la noche, entre cigarrillo y cigarrillo, entre comprobación y comprobación, mi mente estaba allí. Yo estaba allí. Y es que resulta inútil tratar de impedirlo. Y es que todas las clases de adiestramientos que te dan, luego, en el momento clave, no sirven para nada. Y es que resulta normal. Es sencillo, muy sencillo. Rápidamente rompes las cuerdas que te atan al poste; después, corres a quitarte la cera de los oídos, y, por último, dejas que los recuerdos vayan penetrando en ti hasta que te invaden por completo. Sencillo. La verdad es esa. Lo otro, los manuales que te hacen aprender, la teoría, no cuenta. Y si, por el contrario, los recuerdos de las más viejas cosechas, las que han estado —bien guardadas y taponadas— durante muchos años esperando salir. Cuando abres las botellas del pasado, esa cosecha se desborda por todo tu cuerpo, se desparrama de la cabeza a los pies, y te inunda de nostalgia, de alegría y de pena. Los primeros juegos. La escuela. El miedo a la noche y al silencio, con la cabeza oculta por las sábanas. Las vísperas de los días grandes, de las fechas esperadas, cuando uno no piensa más que en que llegue al fin ese maldito día...

La Navidad fue siempre maravillosa, sobre todo para los niños. Ninguno la podíamos olvidar y esperamos impacientes a que llegase la del próximo año. Se estaba tan cómodo en casa. Sonreíamos por nada y por todo. Cómo olvidar aquellas tardes

de nevada —la nieve cubría todo el valle, tanto que a veces los hombres salían con palas a quitarla, y los chicos pensábamos en que cuándo seríamos hombres de una vez—; las tardes en que uno se sentaba junto a los fuegos que nos regalaban como premio por las calificaciones escolares. ¡Los fuegos de Navidad! Las madres no nos dejaban acercarnos a sus llamas brillantes, por si ardíamos, y siempre lo teníamos apagado, de adorno. Y las viejas películas... ¡Cielos, eran historias maravillosas! Sin color, borrosas, sin ningún relieve, pero... habían hecho felices a nuestros abuelos, a nuestros padres y a nosotros mismos. Los duelos a espada de los Mosqueteros, las peleas en cubierta de los piratas de aros relucientes en las orejas, las caracterizaciones de Lon Chaney (de «Fantasma» de la Opera, de Jack el «Destripador»...), las aventuras de Charlot y de Oliver y Stan... Uno vivía aquello tan intensamente, que, al terminar de verlas, sentía las mejillas ardiendo, y hasta algunas noches nos acostábamos con verdadera fiebre. Y no era para menos. Habíamos saltado entre lianas, con Tarzán; matamos a todos los villanos, junto a Barrymore, y hasta nos elevamos por encima de las ciudades, aupados por King-Kong... Imposible olvidar aquello. Mi filmoteca infantil; mis cuadros; mi música...

Cuando me relevó Frank debía tener todavía algún brillo especial en la mirada. Se me quedó mirando. Hubo un instante en que creí que lo diría —«Qué, pensaste en los de allí, ¿no?»—, pero no lo dijo. Únicamente me dio café de su termo

y me preguntó que dónde pasaríamos la noche. Le respondí que no sabía. Pero que me daba igual.

Siempre hacíamos lo mismo, por las noches, desde que llegamos. Y por esta vez, aunque fuese Nochebuena, tampoco habría excepciones. Cenaríamos. Beberíamos. Dormiríamos. Y tal vez hoy, como era fecha señalada, haríamos el amor, si es que nos lo autorizaban.

Dormí durante mucho tiempo cuando salí de trabajar. Siete u ocho horas. Además, de un tirón. Fue un sueño tranquilo, profundo. Me levanté despejado, tan despejado como cuando uno devuelve la comida, que ve, durante unos minutos, todo con una maravillosa lucidez. También creo que me encontraba algo alegre.

* * *

Tras la ducha, me vestí, escuché las últimas informaciones y, sin comer nada, salí.

Hacía bastante frío. Probablemente debido al viento, que no cesaba un solo instante. En la Zona había —si uno se fijaba bien— un tenue aire navideño. O me lo parecía a mí. El caso es que las caras de los hombres y las mujeres estaban menos tensas, como menos blandas que de ordinario. En sus ojos se advertía algo parecido a un «Felicidades». En otro tiempo, al principio, parece ser que los primeros que estuvieron celebraban la Navidad. Luego la costumbre —como tantas otras cosas— fue desvaneciéndose, hasta que se olvidó.

Tras un par de «martinis» en el bar, comimos. Sin mucho apetito, es cierto. Ernest tomó algo más, aunque para como él lo hace habitualmente tampoco fue nada extraordinario. La comida, ignoro el motivo, resultó poco agradable. Apenas se habló. De las otras mesas no llegaban apenas voces. Debía ocurrir como en la nuestra.

Hay que tener en cuenta también que, según fueron transcurriendo las semanas y los meses, nuestras charlas (tan animadas cuando vinimos, que llegaban a prolongarse durante las noches enteras) casi desaparecieron. Para ninguno de nosotros, pienso, era ningún alivio el hablar con otro. Y todos preferíamos leer, oír música, ver films o cualquier otra cosa. Ahora, cuando hablábamos, era siempre sobre temas intrascendentes. «¿Todo en orden?» «¿Qué te pareció el programa de televisión que nos enviaron?» «¿Podrías dejarme algún libro? Leí todos los que me asignaron»...

Nunca nombrábamos algo que pudiera hacernos pensar en nuestro trabajo. En el tiempo que aún nos quedaba allí, examinando piedras, plantas y personas.

Salimos a dar un paseo. De pronto nos habían entrado unas ganas tremendas de pisar la nieve.

Nos alejamos de la Zona.

Según andábamos, bebíamos largos tragos de hu. Con el frío y el movimiento apenas sentíamos la terrible fuerza del hu, pues, aun siendo más suave al paladar que el vodka nuestro,

pasados unos minutos ardía como un diablo en el estómago. Sin embargo, todo el que llegaba se aficionaba al hu inmediatamente.

Fue Ernest (o tal vez fuese Frank, no lo sé) quien propuso ir a hacer el amor. El Segundo Delegado de la Zona había dado autorización para que, en turnos, pudiésemos ir todos. Y es curioso; ninguno pusimos el más mínimo pero. No obstante, se apreciaba que aquello no nos agradaba tanto como en otras ocasiones. La teoría aprendida, en este aspecto, tampoco resultaba idónea. Y no era el problema de que sólo pudiésemos acostarnos con una mujer cada siete días. No. En esta ocasión no lo era. Se trataba de otra cosa. De algo que empezábamos a olvidar y que ya costaba trabajo reconocer. Se trataba de nuestra dignidad. Eso era.

Ellas vivían al oeste de la Zona, en un edificio blanco, espacioso y alegre. El edificio —«la torre», según la nombrábamos todos— estaba dividido en diez naves. Cada nave era independiente y tenía su acceso propio. En nuestro documento se especificaba bien cuál era —según el trabajo y grado de cada uno— la nuestra, y dentro de ella, la sección, y en ésta, nuestras mujeres.

Las que yo conocía, al menos, vivían bien. Eran una veintena. Tampoco quiero decir que no merecieran vivir bien. No es eso. Pero, en fin, no lo pasaban tan mal del todo. Gozaban de todas las comodidades de la Zona. Y vivían en un lugar confortable, tranquilo y limpio. Más, por supuesto, de lo que hubiesen

soñado nunca allá abajo. Y, sobre todo, sólo estaban aquí durante un par de años.

May, directora de la sección, y antigua habitante de «La Torre» durante doce años, nos recibió con su amabilidad acostumbrada. Con los idénticos gestos de cordialidad y cariño que regalaba a todos cuanto íbamos. «¡Oh, qué alegría; otra vez ustedes...!»

Hizo que nos pusiéramos cómodos. Nos sirvió jerez. Y eso sí fue una magnífica sorpresa. En ese momento bajó Miriam, químico de la Zona, mujer de una belleza fascinante y que durante cerca de tres meses fue compañera de Frank, hasta que se cansó, y decidió vivir libremente y sin ningún atavismo, como lo era, en realidad, no amar más que a Frank, fundamentalmente cuando no se le quiere. Tras Miriam bajó un hombre alto y fuerte. Le conocía de vista. Trabajaba en el departamento de programadores. Nos saludamos todos y, tras unas preguntas y respuestas sumamente corteses, Miriam y el hombre salieron.

* * *

Yo me sentía tranquilo, muy sereno. Caliente. Y era agradable notarse así. Notar que todo tu cuerpo parece decirte «no te muevas; no hagas nada; cierra los ojos». Bebía el jerez a pequeños sorbos, y entornaba los ojos. Las conversaciones de los demás me llegaban como mansos murmullos,

distorsionadas, con tonos graves y agudos, según la atención que yo les prestara.

Las mujeres de «la torre» eran jóvenes, sanas y limpias. Pasaban un riguroso examen médico. También eran simpáticas y amables. Y algunas hasta inteligentes. Había siempre, a la hora de la elección —evitábamos estar dos veces con la misma mujer—, un rito que recordaba, vagamente, aquellas girls y aquellos saloons de los films de mi infancia. No había lámparas colgantes, ni mesas de póker, ni mostradores alargados, ni, por supuesto, habitaciones pequeñas cuyas ventanas dieran a ninguna calle polvorienta o embarrada. Tal vez es que aquí, en esta situación de elegir, y aunque yo no lo apreciara, había la misma ingenuidad que en las girls y los cow-boys.

Elegí a una mujer de mediana estatura, morena. La elegí simplemente por su boca. Una boca que dejaba ver unos dientes no muy perfectamente colocados, pero sí muy blancos y brillantes. Quise besar esa boca, los labios y los dientes. Simplemente por eso la elegí.

Luego, ella vino junto a mí. Se acercó mucho. Y me miró.

Podía sentir su olor perfectamente. Sin esfuerzo. Era un olor tibio, suave. Un olor que salía de sus brazos y senos. De su cara. Ella aproximó su boca a mi oído y dijo: «Me llamo Alice.» Le miré la boca. «Muy bien, Alice —dije—, ábrela.» Alice entendió. Abrió lentamente su boca.

Hacía tiempo que no veía una boca de mujer así, con calma, con interés.

Toqué con mis dedos sus labios. Di una vuelta a su boca. Y otra. Mis dedos se movían despacio, con suavidad. Sus labios eran ni blandos ni duros: resistentes, y ahora los tenía algo húmedos.

Los estuve besando poco a poco, con besos cortos, pequeños, durante varios minutos. La imperfección de alguno de sus dientes hacía resaltar su labio superior. Era agradable besarlo.

La miré. Hasta entonces no me había fijado en sus ojos, oscuros y grandes. En su cara algo ancha. Al verlos no pude aguantarlos fijos en mí. No me lo explico, pero así fue.

Fumamos un cigarrillo en silencio. Y yo pensaba: «Esto es igual que allí. Ahora saldré y pediré un taxi y me llevará a casa. Antes entraré en una tienda y compraré algunos regalos para los chicos y para Marta...»

Fui hacia la puerta. Me volví. «Adiós», dije.

«Adiós», dijo Alice. Y añadió: «¿Te gusta el pastel de manzana?» Me estaba sonriendo. Su labio superior me llamaba. «¿El pastel de manzana?... No sé. Sí, tal vez sí.» Y el labio superior de Alice dijo: «Te haré uno. Siempre que vengas te haré uno.» Supe en ese instante que iría siempre.

Abajo, May me volvió a llenar una copa de jerez. La bebí de un trago y salí.

El frío era ahora muy intenso. La nieve se había helado.

* * *

La Zona estaba silenciosa. El comedor, también. Flotaban en el ambiente miles de recuerdos, o de sensaciones; no sé. Tal vez fuese lo mismo.

En la mesa estaban Frank, Ernest y «Big» Jim.

Cenaban despacio. De las otras veces apenas llegaban susurros.

Volví a comer poco. Algo de queso, untado en pan.

Al terminar se anunció que para los que quisieran se celebrarían más tarde unos oficios religiosos.

Nosotros no fuimos.

Alguno sugirió ir al pueblo. Particularmente prefería dormir. Pero había algo desconocido —para mí— en aquellas construcciones; algo que siempre me arrastraba hacia ellas. Algo como mágico, casi sobrenatural. No era la idea de que estábamos en otro mundo. En un planeta con otras gentes y una mentalidad y conformación diferentes. No. Era otra cosa. Algo que no alcanzaba a comprender nunca. Era más bien una sensación de vacío. De lejanía. Era como estar solo, abandonado, en el centro del universo. Y saberse, además, que

siempre existirá esta situación. Eso es lo que sentía siempre cuando paseaba por el pueblo.

Eran aquellas mujeres y aquellos hombres. Su gesto, siempre, de serenidad. Su bondad. Me aterraba pensar que así eran desde hacía diez, quince mil años. Diez, quince mil años. Cielos Santos. Un día nosotros aparecimos aquí. Ellos no se inmutaron. Y no preguntaron. Nos aceptaron, simplemente. Y entramos en sus casas, y visitamos y vaciamos sus museos, leímos y copiamos sus libros. Y nos enteramos de su cultura y civilización. Fue como violarla. Como violar un mundo, una civilización. Y ¿para qué?

Nada. Nada. No comprendíamos. Eran historias de ellos mismos. De cómo hicieron sus ciudades. De cómo se unían las familias. Historias que nos parecían llenas de soledad y tristeza. De distancia. De tiempo. Mucho tiempo.

Sus ojos. Sus ojos. Habíamos acampado junto a ellos. No les molestó. Cada vez pienso que es ridícula nuestra situación. Somos como insectos. Ellos son quienes nos examinan. Quienes nos analizan. Sus ojos nos observan; vigilan nuestros más pequeños movimientos.

Hemos comido su comida, hemos bebido sus vinos. Hemos oído su música. Nos hemos acostado con sus mujeres. Y nadie de nosotros ha notado nunca placer o alegría mientras hacía cualquiera de estas cosas. Algunos de ellos han ido a nuestro mundo. Los han exhibido. Los han traído. Nada les ha afectado.

Pienso, a veces, que no tenemos ningún derecho a penetrar de esta forma en su cultura, en ellos, en su civilización. Es suya. Nosotros, tarde o temprano, acabaremos con ellos. Los mataremos. Porque no los soportamos. Y ellos desaparecerán. Aunque siempre estarán en sus casas, en el aire, en el polvo, a nuestro lado...

Antes de salir, un oficial me entregó un pequeño disco.

«Vino esta mañana», dijo, y añadió: «En el carguero.»

«Gracias.»

«Te busqué, pero no logré encontrarte.»

«Gracias», repetí.

Era de casa. De mi mujer. «Disculpad; ahora vuelvo.» Y fui a mi sala. Miré el pequeño disco durante cerca de un minuto. Por fin, lo introduje en la máquina de proyección.

La pantalla se iluminó. Surgió la cara de Eva. Y la de Tom y la de Nick.

«¡Hola, papá!», dijo Tom, agitando su mano.

«Papá, ¡felices Pascuas!», dijo Nick, más alborotado y muy nervioso.

«Espero que estés bien. Te estoy echando mucho de menos...

Te quiero. Te quiero...», la voz de Eva, que hablaba muy despacio, se cortó un instante. Luego, siguió: «Los chicos han

estado ensayando una canción para cantártela hoy, ¿sabes? Venga, vamos, Tom. Nick, empezad...»

Les daba algo de vergüenza. Eva comenzó a cantar; luego, ellos se unieron, con sus voces finas y casi transparentes.

«Esto termina. Te quiero. Te necesito mucho.» Luego, la voz de Eva se mezcló con la de los niños. «Adiós, papá. Papá, felicidades. Cuídate.» Nick me tiró un beso. Tom me dijo adiós con su mano. Eva me miraba fijamente, con los ojos muy abiertos.

La pantalla, súbitamente, se llenó de rayas y, después, se puso negra. Al instante, cayó el disco. Lo cogí y lo guardé en un bolsillo.

En los segundos que duró la visión, probablemente estuve quieto, sin mover un solo músculo. Con los ojos fijos en la pantalla. Con las manos apretadas.

Salí del cuarto. Intenté apartar de mi cerebro las imágenes que acababa de ver. Olvidarlas. Luego, mañana, dentro de un mes, o esa misma noche, volvería a poner el disco. Y sería nuevo. No reconocería nada.

Ernest, Frank y «Big» Jim me esperaban.

«¿De casa?», preguntó Frank.

«Sí.»

«¿Bien?»

«Sí.»

Por el camino, mientras bebíamos hu, me di cuenta de que estábamos borrachos. Habíamos comido poco. Y llevábamos mucho alcohol en el cuerpo.

«Big» Jim, que parecía más un jugador de baseball que un químico (supongo que por eso le llamaban «Big» Jim), andaba dando balanceos. Y blasfemaba continuamente.

El cielo estaba negro. No se distinguía ninguna estrella. Y eso era algo a lo que no nos acostumbraríamos jamás. Las luces de nuestros trajes apenas si iluminaban cuatro o cinco metros.

Frank se empezó a reír. Luego se tiró al suelo. Se revolcó en él. Se levantaba y se volvía a echar. Parecía un chico de ocho años, jugueteando feliz con la nieve. Estaba cubierto de barro, aunque él aseguraba que no, que estaba cubierto de límpidos y purísimos copos.

El hu. El maldito hu.

La cabeza empezó a darnos vueltas. Creo que a todos.

Entramos en el pueblo dando arcadas y vomitando.

Apenas había claridad en algunas casas. Las calles estaban desiertas y blancas. De cuando en cuando, y a través de los cristales, veíamos a las familias que descansaban. Nos acercábamos y les hacíamos burla. Agrandábamos nuestros ojos con las manos.

Frank decía que nunca entendería porqué hacían sus casas de vidrios transparentes. Que cómo era que despreciasen la vida privada. Era como si sólo existiera una sola vida. La vida de todos ellos. Y que aquel planeta no era más que un enorme almacén con miles de escaparates, a cual más muerto.

Nos detuvimos. Ernest sacó unas pastillas. Las tomamos. En unos segundos nos aliviarnos algo. De todas formas, era desagradable aquella maldita pesadez en la cabeza.

Parecíamos cuatro desalmados. Eramos la imagen de los villanos de mis recuerdos infantiles.

«Big» Jim dijo: «Recuerdo, que esta noche... siempre...» Pero no siguió.

Se nos había terminado el hu. Ernest propuso pedirlo en una casa en donde había luz y veíamos a un hombre junto a una mujer.

Sin pensarlo, se dirigió a la casa. Hizo señas para que le abrieran.

La puerta subió y Ernest entró en la casa.

Nos acercamos también nosotros.

La expresión del hombre era de impasibilidad. Bajo, grueso, de tez algo más oscura de lo normal. Su cabeza no tenía ya cabellos. Era un viejo.

Sacó hu para todos.

Frank quiso coger un cuadro de color y sonido amarillos que cubría gran parte del techo. Ernest le detuvo.

Bebimos el hu. El hombre nos trajo más.

Fue entonces cuando reparamos en ella. Era su hija. Casi una niña. Su cabello era rojizo; su rostro, tostado, y sus ojos, grandes y dorados. Estaba embarazada. A punto casi de dar a luz.

Los ojos enormes, claros y dorados de la mujer se clavaron en mí.

Ella seguía mirándome. No me acusaba. No me sonreía. No había amor ni odio en sus ojos. Era irresistible. Desvié la mirada.

Ernest cogió a la mujer en brazos. La lanzó hacia Frank.

Empezaron a tirársela del uno al otro. La mujer volaba por el aire, casi flotaba, hasta que aterrizaba dulcemente, mansamente, en los brazos de mis compañeros. Me parecía humillante.

Quise impedir aquello. Quise hacerlo. Pero no podía moverme. Sentí arcadas. Unas ganas horribles de vomitar. De caer al suelo y perder el conocimiento. Pero no podía.

El hombre estaba quieto. Sin moverse. Contemplando el vuelo de su hija.

A Frank se le escurrió. La joven cayó. Su cuerpo produjo un ruido sordo y alargado.

En ese momento, «Big» Jim se incorporó. Tambaleándose, llegó junto a la mujer. La miró. Se desplomó sobre ella.

El hombre apartó el cuerpo de «Big» Jim del de su hija. Tenía ya la mujer el rostro lleno de sangre. Parecía una niña buena, a punto de subir al cielo.

Ernest cogió el hu y lo vertió sobre la cara de la niña. El licor limpiaba la sangre de sus ojos, mejillas, labios... Pero sólo duró durante escasos segundos. Después, la sangre volvía a fluir.

Frank y Ernest, vaciando hu sobre el rostro y la frente de la mujer, bailaban a su alrededor. O parecía que bailaban.

Ella había muerto ya.

«Big» Jim gruñía algo desde el suelo.

El hombre nos miraba. Yo tenía en la mano —no sé por qué— el disco que Eva me había enviado.

Lo partí en dos. Después, en cuatro. Luego, en ocho... Los trozos se clavaban en mis manos.

Algunas casas se iluminaron de repente. Hombres y mujeres nos miraron. El pueblo entero se había transformado en una sola cara, en una sola mirada. Sentí aquellos ojos fijos, fijos, fijos, fijos... a través de los vidrios transparentes y llenos de luz.

Me vino una arcada. Quise morirme.

JUAN G. ATIENZA

Atienza se ha distinguido en la SF española desde hace tiempo. Ha publicado en «Anticipación», «Insula», «Revista de Occidente»...

Montó la serie «Los Paladines», para Televisión Española, que dirigió y escribió, juntamente con Carlos Buiza, adjunto en esta antología.

Los cuentos de Atienza —los publicables y publicados sólo, claro, porque los «otros» son mejores— participan de varios ingredientes como son humor, preocupación social, fantasía y buen hacer de auténtico escritor.

La vida de Juan García Atienza (Valencia, 18 de julio de 1930 - Madrid, 16 de junio de 2011), que firmaba sus trabajos indistintamente como Juan G. Atienza o

Juan Atienza, puede dividirse en cuatro etapas sucesivas claramente diferenciadas: el cine, la ciencia ficción/fantasía/terror, la televisión, y la España mágica.

Llegó a escribir y dirigir una película, LOS DINAMITEROS, interpretada, entre otros, por Pepe Isbert.

Como escritor de ciencia-ficción, durante algunos años fue un autor prolífico, apareciendo, entre otros muchos sitios, en las revistas Anticipación y Nueva Dimensión, que llegó a dedicarle un monográfico; publicando dos antologías en la venerada colección Nebulae, 1ª época, LA MÁQUINA DE MATAR y LOS VIAJEROS DE LAS GAFAS AZULES.

Con posterioridad se alejaría del género para escribir más de medio centenar de libros sobre temas tales como Las leyendas mágicas de España, El legado templario o La gran manipulación cósmica.

N. e. d.

SABOR DE NADA

Me desperté con un sabor dulzón y borracho en la garganta. Vi las luces hirientes de las lámparas del quirófano y no pude parpadear. Vi también las cabezas encapuchadas de los cirujanos, cubiertas con máscaras verdes, inclinadas sobre mi cuerpo. Escuché el choque metálico del instrumental recogido por manos enguantadas de las mesillas. Sobre mi rostro, la presión de la mascarilla de la anestesia. Pero yo no estaba anestesiado: veía, sentía, oía; lo sentía todo, menos el dolor del bisturí rasgando mi carne o el pellizco de las pinzas. No había dolor. Y el sabor dulzón en mi garganta resultaba agradable...

De pronto sentí unos dedos que bajaban mi párpado izquierdo y unos ojos que se acercaban a los míos. Cuando esos ojos se apartaron, vi al cirujano incorporarse con la frente bañada en sudor. Se volvía ansioso hacia alguien que estaba detrás de mí y sus ojos preguntaban. Y una voz surgió lenta a espaldas mías, una voz apagada por la máscara verde:

—Ha muerto...

El cirujano bajó la cabeza un momento. Luego se apartó de la mesa de operaciones, indicando sordamente:

—Cósanlo.

Sentí unos tirones indolorosos en mi cuerpo. Traté de moverme, de mirar hacia algún sitio, de decir algo.

Pero mis ojos estaban en la lámpara y no podía trasladarlos de un lado a otro para ver todo cuanto me rodeaba.

Luego, el rostro enmascarado de una monja con gafas se inclinó sobre mí. Se quitó la máscara y vi que sus labios se estaban moviendo. Su mano se posó suavemente sobre mis párpados y me los cerró. Habría querido gritarle que no cerrase mis ojos, que quería ver, pero era inútil. Por más que me esforzaba, ningún sonido pudo salir de mi garganta, llena únicamente de aquel sabor dulzón y borracho.

Con los párpados, con mi mundo cerrado ahora a las demás sensaciones, los rumores confusos de las voces en torno mío, pensé que debería sentirme aterrado. ¡Aquella gente me estaba dando por muerto! Y, sin embargo, me limitaba a recoger sensaciones y mis pensamientos tomaban objetivamente aquel hecho que en cualquier otra circunstancia —es decir, en el caso de que yo hubiera estado efectivamente vivo—, me habría vuelto loco.

Supe que me sacaban de la mesa de operaciones y que me trasladaban en una camilla rodante hasta un cuarto que debía de ser grande y frío. El frío lo sentí sobre mi piel; la sensación de grande me llegó a través de las voces de los dos hombres

que me dejaron sobre la mesa de mármol, voces que resonaban como en una bóveda.

No sé cuánto tiempo estuve allí. Sentía frío y mi piel parecía reacia a erizarse. Comencé a tener una conciencia más clara de mi propia situación extraña. Si aquello era efectivamente la muerte, tendría que sentir también, poco a poco, los efectos de la descomposición hasta que ésta alcanzase mi cerebro, y entonces... todo habría terminado. O bien, en aquel instante, escaparía de mi cuerpo y volaría hacia el lugar donde descansan las almas, como me habían enseñado de niño. En cualquier caso, ahora yo vivía dentro de mi cuerpo muerto, como prisionero de él, sin poder hacer el menor movimiento, encerrado en un molde de carne y de huesos y nervios y visceras muertas. Dentro de mí —dentro de mi cuerpo inmovilizado, habría tenido que decir— sólo aquel sabor dulzón goteando lentamente en mi garganta tenía el gusto a vida caliente. Y era precisamente ese sabor el que me impedía caer presa del pánico, un pánico que, por otra parte, no habría podido hacer nada por evitar. Pero el goteo lento y caliente —caliente, ¿por qué?— me confería como una remota esperanza de que no todo hubiera muerto dentro de mí.

Pasó un tiempo imposible de medir. Se abrieron nuevamente las puertas de aquella habitación tan grande, con una resonancia que resbaló por las paredes. Cuatro manos me sujetaron fuertemente por los tobillos y los sobacos. Me depositara sobre una camilla, me sacaron de allí y me metieron

en un vehículo. El vehículo —debía de ser una ambulancia— recorrió una buena parte de la ciudad. Oía los timbres y los semáforos, los silbatos agudos de los guardias de tráfico, frenazos de otros vehículos y motores que se unían constantemente al del coche que me conducía. Luego se detuvo. Se abrieron las puertas traseras y me llegaron voces confusas de gente que se había aglomerado allí cerca, para verme. Sobre unas parihuelas me entraron en la casa. Entonces comenzaron los llantos. Oí el llanto silencioso de mi mujer y los sollozos histéricos de mis hermanas, que parecían querer dejado bien sentado que sentían mi muerte. Oí voces confusas en torno a mí, voces pronunciadas en tono muy bajo, como si temieran despertarme. En manos de camilleros me llevaron a través de la casa —y yo habría podido reconocer cada rincón y cada tabique— y se detuvieron en un lugar, cuando la voz de mi mujer dijo:

—Aquí, por favor...

Me echaron suavemente sobre la cama, sobre mi cama. La sentí blanda y fría. Oí los pasos de los camilleros, que se alejaban. Y mi mujer —creo— se arrodilló a mi lado y lloró, solos los dos. Pensé que debía de haber llevado los niños a la casa de mis hermanos, para que no me vieran muerto.

Durante mucho tiempo pasó gente cerca de mi lecho. Alguien —mi mujer, seguramente— me había cruzado las manos sobre el pecho y me había descubierto el rostro. Reconocí a los que pasaban frente a mí y se detenían un instante. Les reconocí por

las voces, por su modo peculiar de sorberse los mocos, por sus pasos: los pasos de Enrique, mi compañero de mesa en la oficina, el cojo; los pasos lentos e importantes de mi jefe; los pasitos menudos de mi tía Catalina, acompañados por el tac-tac de su bastón de puño de plata. Sus voces, siempre bajas, hablaron de lo mismo que yo había hablado otras veces cuando tuve que asistir como espectador a espectáculos como éste en el que yo era ahora el protagonista pasivo: de lo inesperado de mi muerte, de cómo ya habría dejado de sufrir, de mis pobres hijos... Y cada vez que oía algo así me acometía el odio, un odio espantoso por todos ellos. Y me venía a la garganta, más fuerte y más caliente, el sabor aquel. Y sabía ya cuál era aquel sabor: sabor a sangre caliente, como si estuviera bebiendo la de toda aquella gente hipócrita que me rodeaba y que, de un modo u otro, se habrían de beneficiar con mi muerte.

Al cabo del tiempo hubo ruido de maderas depositadas en el suelo, más allá de mi cuarto, golpes de latón y golpes de clavos contra la pared. Manos familiares me sacaron de la cama y me trasladaron hasta el féretro; sentí su fondo almohadillado y frío y, a través de los párpados, la luz de las velas que habían colocado en torno a mí. Oí rezos en voces que no conocía, rezos monótonos que se prolongaron durante horas entremezclados esporádicamente con los pasos y las voces apagadas de algún otro visitante que habría venido a verme muerto. Un rosario tras otro, las monjas y las mujeres de la casa desgranaron el monótono rezo, y habrían llegado a

producirme sueño —¿sueño, estando ya muerto?— si no hubiera sido por el extraño descubrimiento que hice. De pronto, en medio de uno de aquellos golpes de sangre que se venían a mi garganta, me di cuenta que podía mover los párpados. Y me di cuenta también, incluso con extrañeza, de que no deseaba que los demás se dieran cuenta de que podía hacerlo. Tal vez otro habría abierto los ojos y habría llamado la atención sobre el hecho de que estaba vivo, no lo sé, porque nunca he estado en el cuerpo de otro. Pero yo no quise. Preferí esperar, tratando de mantener la inmovilidad total de la única parte de mi cuerpo que sentía que podía dominar. Aislado de todos los demás precisamente por aquel canturreo monótono de rezos incesantes, tuve tiempo de preguntarme por qué quería permanecer así. Podía tratarse de un estado cataléptico producido en la mitad de la operación. Y no había nada de eso, sino un deseo fuerte e inconsciente de permanecer inmóvil, sin que nadie se diera cuenta de que estaba vivo. Un deseo que iba más allá de mi razón y que únicamente se explicaba por el agradable y caliente sabor de la sangre que venía a borbotones de vez en vez a mi garganta reseca y que penetraba en mi cuerpo sin que mi garganta hiciera el menor esfuerzo por tragarla. Y digo se explicaba y me doy cuenta de que esa explicación no era más que una excusa: porque el placer de aquel sabor caliente y borracho era ya suficiente para mí y justificaba mi inmovilismo absoluto y el peligro —¿peligro?— de ser enterrado vivo.

Pasé la noche en este estado. Supongo que sería la noche. Al menos a través de los párpados cerrados no llegaba otra luz que la de los cirios. Oí pasos una y otra vez, conversaciones que llegaban de lejos, de un cuarto vecino, probablemente de los que me estaban velando. Conversaciones en las que, a retazos, adivinaba más que oía muchos temas distintos: la carestía de la vida, la historia privada de alguien que no podía estar escuchando, los planes para el próximo verano. Y, en medio de aquel murmullo inconexo, los ronquidos suaves de alguien que, cerca de mí, se había dormido profundamente. Perdí la noción del tiempo, alterado extrañamente desde que abrí los ojos en medio de la operación. O tal vez se trataba de una contracción de ese tiempo, porque me pareció que la noche se acortaba y, una vez seguro de que nadie se encontraba cerca de mí, abrí los ojos y casi me sentí herido por el resplandor del día que se filtraba a través de la ventana del cuarto vecino, lleno de gente sentada a lo largo de las paredes, como sombras oscuras. Luego los acontecimientos se precipitaron. Al menos se multiplicaron de tal forma, que formaron una sucesión indeterminada y rápida, de cuyo paso apenas puedo darme exacta cuenta. En la memoria atrofiada por la oscuridad y el inmovilismo que me había obligado a mantener, se mezclaron los pasos de la gente, los responsos del cura, los llantos de mi familia, la llegada de los empleados de la funeraria que taparon mi féretro y lo levantaron conmigo dentro, lo bajaron por las escaleras y me depositaron en el furgón. Sentí que el furgón se ponía en marcha lentamente, atisbé lejanísimos los cantos de

los sacerdotes y, luego de una parada que se me hizo excepcionalmente larga, la aceleración de la marcha hasta llegar —supuse— al cementerio. Allí me depositaron en alguna parte, y otra vez abrieron el féretro. La luz me entró casi dolorosa en los ojos a través de los párpados. Me mantuve inmóvil con un único deseo: que mi garganta reseca recibiera nuevamente algunas gotas de sangre caliente que desde hacía tanto tiempo no sentía.

Ahora, por fin, soy libre. Hace horas que depositaron el féretro en el panteón familiar que adquirió mi padre hace muchos años, en el cementerio local. Ahora sé que puedo mover mi cuerpo y que mis miembros responden a los reflejos cerebrales. Sé también que puedo salir. Y que saldré en cuanto llegue la noche. Hace horas que no siento el sabor de sangre en mi boca. Y la necesito. Temo que la seguiré necesitando siempre, mientras viva esta existencia extraña de muerto vivo.

Sé que la tapa del féretro es fácil de abrir desde dentro. Nadie me lo ha dicho, pero lo sé. Sé también que hay un lugar por donde se puede saltar fácilmente las tapias del cementerio, el mismo lugar por donde regresaré a mi tumba cada amanecer.

Ahora voy a comenzar una nueva vida.

MANUEL PACHECO

Manuel Pacheco, más que un escritor, es un poeta «vivo»: ha dado conferencias-recitales en varias Universidades (Sevilla, Salamanca, por ejemplo); el trasfondo social de todos sus escritos se evidencia casi desde la primera línea. Ha publicado en Francia, España, Argentina, U.R.S.S., Uruguay...

Poca gente lo conoce, sin embargo: no es un poeta oficial; es, simplemente, un poeta sin dinero.

Manuel Pacheco (Olivenza 1920—Badajoz, 1998), más conocido solo como Pacheco, fue un poeta, prosista y dramaturgo español de formación estrictamente autodidacta, adscribible tanto cronológica como estilísticamente a la denominada «generación del 50». Junto con Jesús Delgado Valhondo y Luis Álvarez Lencero, formó parte del reducido grupo de escritores extremeños cuyo objetivo primordial fue la incorporación de la poesía regional de mediados del siglo XX, a las vanguardias literarias del momento.

N. e. d.

EXPLOSIONES ATÓMICAS

América celebra primaveras con hongos y arco-iris destructores.

Subrealistas dijeron en pinturas fantasías de metas azuladas,
Ciencia, Protones con Uranio puro, echar indios de casa y
hacer cubas para bañar el culo de los átomos.

Después buscaron frágil abanico para dejar quimonos en la
nieve y planchar a los niños amarillos como si fueran hojas de
limones.

El caso es Wall Street, los caracoles
con un pus otoñal derramado por sótanos de acero
para llenar de lepra aquel camello
que le dijo Jesús en sus parábolas.

Y Wall Street anda loco para inventar infiernos descendiendo
sobre la piel amarga de la Tierra los átomos solares.

Torres Borregos, barcos han probado para llover los gallos
con sus gritos de histeria hablándonos de hidrógeno sin cárcel;

para empapar de huevos a los hombres en la inmensa tortilla de los pueblos.

¿Y esa escoba de humo para barrer ciudades?

Escribiendo limpieza a sol bajado los rascacielos ya grigal vencido se quedarán azules en el aire con Nueva York de roca primitiva.

JUAN TÉBAR

Ha realizado y realiza programas en TV. «Foster y Al» fue una serie que se pasó por la segunda cadena y cuya temática era la ciencia-ficción.

Las preferencias de Tébar, sin embargo, se encaminan más hacia el terror en su vertiente social o hacia el terror-humor, con todo lo que de macabrisimo esperpéntico supone.

El mito del vampiro ha sido cultivado a menudo por Tébar, como en este caso, en el que el «rey de la noche» resulta victorioso.

Escritor, profesor y cineasta nacido en 1941. Cursó estudios de dirección cinematográfica en la EOC, y Filología Románica en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

Ha escrito artículos sobre cine y literatura en multitud de revistas, y colaborado en programas de radio y televisión como autor, crítico literario, director o comentarista. Y ha escrito y realizado espacios para la televisión, guiones originales y adaptaciones literarias.

Es autor del libro La huella en los ojos (Alianza editorial 2009), y Mapa de libros. Ha publicado novelas, cuentos, libros de ensayo, y dirigido colecciones en distintas editoriales.

Ha escrito numerosos guiones para el cine y la televisión, consiguiendo el Premio Talento de la Academia de Televisión en 2005. Es colaborador habitual, como guionista y realizador, en TVE. También dirigió la adaptación de Juan Carlos Onetti Para una tumba sin nombre y la serie televisiva No sé bailar.

N. e. d.

LA PLAYA A LA LUZ DE LA LUNA

La niña era rubia y su vestido era malva, con volantes y encajes. Tenía los ojos azules y la boca chiquita y preciosa. Llevaba sobre el pelo un lazo del mismo color que el vestido y había dejado el gran aro verde sobre una roca. Chupaba un caramelo —siempre llevaba caramelos en los bolsillos— y tarareaba una dulce canción. El sol se desparramaba allá lejos, ya casi no sol, tiñéndose el horizonte como una salsa que se hubiera salido del cacharro.

La niña tenía seis años y sus padres se llamaban Ricardo y Leonor; su tía se llamaba Paz y su tata se llamaba Concha. Después del desayuno no los había vuelto a ver en todo el día.

Leonor se sentó en las rocas y siguió chupando el caramelo. Hacía un bellissimo ocaso. Las líneas del mar y del cielo se estaban poniendo rojas, rojas, rojas, y la superficie del agua brillaba como un tesoro. El vaivén del mar —muy breve, casi nada— llevaba como cosquillas a la playa. Y de algún sitio venía un rumor de flautas encantadas. Era como el maravilloso país de Oz.

Leonor se había escapado aquella mañana. Andando, andando, saltando, saltando, paseando por las laderas, y luego por los bosques y más tarde por pequeños caminos, y bajando a las playas, y metiéndose entre las rocas, yendo de una a otra, y descalzándose para cruzar los charquitos del mar. Hasta llegar a esta playa redonda, al ocaso. Al mar grande. Siempre con su aro rodando delante de ella, incluso por los más escarpados lugares.

Ahora Leonor se mojaba los pies y aún no sentía pena por haberse perdido. Las dulces niñas de seis años son grandes insensatas. El papá de Leonor —don Ricardo— era un caballero de gran barba que por las mañanas se ocupaba en ir a la Bolsa. Ahora, en verano, don Ricardo dormía mucho, y a última hora de la mañana leía el periódico en el jardín y por la tarde sacaba a mamá a pasear en coche.

Doña Leonor era una dama buena que cocinaba grandes pasteles dorados y tocaba el piano en el salón. Era muy bonita y siempre se bañaba en una habitación rosa con muchísima espuma. Mamá, después de comer, invitaba a doña Luisa y a Margarita y a las primas de Biarritz a tomar café.

Tía Paz era horrible. Tía Paz vestía de negro y llevaba cordón de hábito, por promesa, y un crucifijo grande, y usaba gafas y moño, y sorbía manzanilla de una jícara, sentada en un sillón de mimbre junto a las grandes macetas de geranios. Tía Paz castigaba frecuentemente a Leonor con brutales pellizcos. La niña había curioseado a veces su habitación, donde guardaba

revistas con hombres en traje de baño y muchas postales de colores con bordados, de cuando era joven y hacía colección.

La tata Concha era tonta. Leonor no la quería nada. Estaba muy contenta Leonor de estar sola allí, en aquella playa escondida, sin Concha, sin tía Paz y sin nadie, pues aquella era la playa de los palos de colores clavados en la arena que ella había visto desde el coche tantas veces. Eran muchos palos rojos, azules, verdes, blancos, negros, todos clavados en el suelo, unos torcidos y otros derechos como un bosque.

La niña, tarareando siempre su dulce canción, se quedó mirando a aquel bulto que había a unos metros de la roca. Empujó el aro hasta allí, hasta aquel bulto que era un muerto. La niña se acercó.

Los botines blancos y negros, el pantalón a rayas, el chaleco bien cerrado, el cuello duro y la chalina. Era un señor pálido y sonriente, muerto en la arena. Para ella sola. Para jugar ella sola y nadie más. Cuánto se alegró Leonor de que no estuviera allí la tonta de la chacha, ni tía Paz, con sus ojos vigilantes, ni nadie. El señor muerto era para ella.

Y Leonor se sentó en la playa entre dos grandes palos — verde y negro— y empezó a tocar al muerto.

Estaba frío. Leonor sabía que los muertos estaban fríos. Ella sabía muchas cosas y más de las que normalmente saben las niñas de su edad.

Sólo se lo contaría a Juan. Juan era su único amigo, un niño de diez años que leía libros, incluso libros para mayores. Juan era un niño pálido y muy nervioso que vivía con su madre en una casa gris que a Leonor le parecía muy triste. Juan coleccionaba gusanos de seda y también muchos pájaros raros. Los gusanos los tenía en cajas blancas de cartón y los pájaros en jaulas de perdiz. Cuando Leonor iba a verle él se los enseñaba, y a veces abría el pico de los pájaros con las manos y les llenaban el buche de gusanos. A los pájaros les gustaban, pero a veces se ponían enfermos, cerraban el ojo y se morían.

El muerto estaba tumbado como si descansara. Tenía un gesto de satisfacción que a Leonor le recordó a su padre durmiendo la siesta. No era un señor guapo. Estaba muy pálido y muy delgado. Tenía grandes ojeras azules y unos labios gruesos y colorados, como las caretas de carnaval.

Leonor le dio con el pie y el muerto se tambaleó un poco sobre la arena. Le dio otra vez y el muerto se tambaleó más. Entonces le dio una patada fuerte y casi pareció que el muerto la hubiese sentido.

En uno de los bolsillos Leonor llevaba sus caramelos y en otro llevaba una gran cantidad de cosas: un acerico con alfileres, una tortuga de plomo, una bolsa roja con canicas de vidrio, una hebra del pelo de su madre cuidadosamente envuelta en papel de celofán, unas tijeritas doradas, una estampa arrancada de *La Divina Comedia* de la biblioteca de papá, un frasquito de medicina amarilla que cogió un día del cuarto de Juan, una

pieza de un rompecabezas (era un sol y las orejas a medias de un conejo)... y muchas cosas más.

Del acerico sacó un alfiler y pinchó al señor en una mano. No salió sangre y Leonor, entusiasmada, lo hundió hasta la cabeza. Luego lo sacó. Hizo la misma operación en la otra mano y luego tiró el alfiler al mar.

El señor parecía dormido realmente. Incluso Leonor creyó observar que su sonrisa se movía.

Con las tijeritas doradas la dulce niña jugó a cortarle el pelo. Había un mechón sobre la frente que ella comenzó a recortar con detenimiento. Recortó, recortó, recortó, intentando con todo esmero dejarlo igualado, pero se aburrió y el mechón no había quedado bien.

Antes de guardar las tijeras quiso probar suerte con ellas en las pestañas del señor. Recortó las pestañas y hasta recortó unos minúsculos trocitos de párpado que se guardó en los bolsillos con las tijeras.

Luego le cogió la cabeza con ambas manos y la levantó hasta bien cerca de sus ojos.

¿Le miraba aquel señor? Ahora había un orificio en uno de los ojos cerrados —el del trocito de párpado—, y aunque era muy pequeño, el ojo estaba allí, atravesando a Leonor con una mirada curiosa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña. Y el muerto no contestó. Y Leonor dejó caer la cabeza con ímpetu, y ésta rebotó en la playa.

Leonor comenzó a imaginarse nombres posibles del muerto:

—Juanjo, Francisco, Moisés, Ernesto, Richard, Miguel... Rubén...—. Y por cada nombre que decía en voz alta le daba un pellizco retorcido, como los que tanto le gustaba dar a tía Paz.

En el pellizco número veintitantos, ya sí; ya la niña podía asegurar que el muerto se revolvía inquieto.

El sol desaparecía a pasos de gigante. En una décima de segundo ya no hubo más. La oscuridad dio un repente terrible a la escena.

Leonor, que sabía más cosas que las niñas de su edad, notó que se había perdido. Y aquello no era agradable.

Con la oscuridad comenzaron a dibujarse las primeras estrellas, y el muerto adquirió un nuevo tono amarillo.

Leonor se dio cuenta de que no era buena la compañía de un cadáver, y que realmente no se había portado muy bien con ese cadáver.

El muerto parecía vigilado por la guardia interminable de todos aquellos palos clavados en la arena.

La playa estaba espantosamente sola. Y retumbaba el mar. Leonor se mojó la falda con la espuma de una ola.

Y sería imposible calcular cuántos minutos pasaron hasta que salió la luna. Redonda, entera, lívida.

Ya no era aquello el maravilloso país de Oz. Sí un cementerio a la orilla del mar. Un panteón, una helada mansión de los muertos, defendida por mil lanzas en selva interminable.

El muerto se puso de pie, Y entreabrió los labios, centellearon como alfanjes a la luz de la luna.

Leonor gritó, porque las dulces y encantadoras niñas suelen tener miedo, aunque sean del temple de Leonor.

Y gritó fuerte, con auténtico miedo, porque entendió a la perfección que aquel señor no había estado nunca realmente muerto. Supo sin ninguna duda que aquello con lo que había estado jugando era un vampiro. Y la morbosidad y la perversión de Leonor no llegaban hasta el extremo de que le gustaran los vampiros.

Menos en una playa solitaria, a la luz de una luna tan cruel, a doce horas y quién sabe cuántos kilómetros de la presencia de sus padres, su tía Paz y tata Concha.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el vampiro. Y la niña no contestó. Y el vampiro cogió a la niña por la cabeza, y la soltó con ímpetu, y la cabeza rebotó contra la playa.

El vampiro dio con el pie a la niña una y otra vez. Y luego le dio una patada fuerte que hizo sentir a Leonor la boca llena de sangre.

Cuando el vampiro vio aparecer la sangre por la comisura y deslizarse como un arroyuelo por el mentón de la niña, se lanzó sobre ella con una gran sonrisa.

La niña había vuelto a sacar sus tijeritas doradas y se las clavó al vampiro en el pecho; consiguió escurrirse y echó a correr por la playa.

El vampiro se había vuelto a poner en pie. En el pecho llevaba clavadas las tijeras hasta el fondo. No hizo un gesto de dolor, ni uno sólo, y lanzó un alarido escalofriante, un grito de ave de presa, un sonido total, desgarrador, mitológico. Parecía el rey de la noche, el rey de la playa, el rey del mar, el rey de la luna. Y en una fracción de segundo se convirtió en un murciélago, que iba en picado sin freno hacia la niña, a la niña con su vestido y su lazo malva, con sus volantes y encajes, lanzada a la más loca carrera entre las innumerables estacas de colores.

Leonor dio vueltas, vueltas, vueltas, entre una estaca azul y una estaca roja, entre una estaca negra y una estaca verde, entre una estaca amarilla, una gris, una blanca, una azafrán, una turquesa, una innumerable estaca de indefinible color, larga y puntiaguda como una pica. Y arrancó la estaca verde y se la lanzó al vampiro hacia los aires, y le lanzó la estaca amarilla, y la turquesa, y la negra, y la indefinida, y todas las estacas que se iban ofreciendo a su paso, sin mirar casi, confiando en clavarle, en atravesarle contra la luna perforándole el corazón, único modo —como bien sabía— de librarse de un vampiro.

La niña miró por fin atrás. Y de cada estaca desclavada había surgido un vampiro, porque bajo cada estaca de color descansaba un vampiro su sueño casi eterno, con la playa sobre su muerte. Y la niña comprendió que aquel rincón del mundo era un cementerio de vampiros, y ella había liberado a centenares, a miles de aquellos monstruos. Por cada estaca clavada en la arena, un vampiro indefenso la soportaba en el corazón.

Ya eran tantos los murciélagos que volaban en círculo... Leonor cayó en el suelo y cerró los ojos. Notó la viscosa nube sobre la piel. Y en su garganta los labios y los dientes. Y gritó, gritó, gritó, sin que nadie la oyera, salvo todos los vampiros, soliviantados por su perversidad.

Todos los murciélagos —alguien podría verlos en plano cenital si se hubiera colgado de la luna— se transformaron en miles de reyes nocturnos vestidos con perfecta elegancia de grandes caballeros.

Empezaron el juego lanzando a la niña por los aires tras cada bocado, en loca, sublime, alborozada orgía.

GUILLERMO SOLANA

Es difícil, a menudo, compaginar la profesión periodística con la de escritor. Y más, con la de escritor de SF. Guillermo Solana es un caso aparte: redactor jefe de la «Gaceta Ilustrada», es éste el cuarto relato de SF que publica, a pesar de haber estado en varias ocasiones en Houston. Los tres anteriores fueron una obra maestra. Referencias para interesados: «Antología Española de ficción científica» (Prensa Española).

Guillermo Solana (1930-2004) fue un periodista, que trabajó en la “Gaceta Ilustrada”, “Cambio 16”, “Informaciones” y la agencia EFE (donde ejerció como subdirector de Internacional). De su relación con el fantástico puede hablarse de un puñado de cuentos, publicados entre 1969 y 1972 en una serie de antologías españolas de ciencia ficción, entre ellas la

presente, así como de su labor como traductor. Los siervos de ISSSCO fue su única novela.

Su propuesta, en esa novela se decanta por la especulación político/social. La ISSSCO (International Sky, Sun and Sea Company) es una empresa multinacional que monopoliza la industria del ocio en un futuro indeterminado. Su extensión y su poder son tan grandes que hace y deshace a su antojo, sin preocuparse en exceso por la legalidad y en absoluto por la moralidad. Por temática, esa obra ha sido comparada en ocasiones con “Mercaderes del espacio” (Frederik Pohl y Cyril Korblyth, 1953).

N. e. d.

LAS ARAÑAS SERÁN PUNTUALES

Cuando cruzó las fronteras del Sistema Solar sólo el computador de Woomera la llamaba R485. R de retorno y 485 porque ese era el número que le correspondía en el grupo de naves que volvían a la Tierra. Los demás la llamábamos simplemente «Nunca pasa nada».

Casi un millar de mastodontes en camino. Algunos estallaron sin saber porqué. Otros enmudecieron repentinamente, y nunca supimos si se habían perdido para siempre o si regresarían alguna vez. Varios nos detallaron sus averías, y todos, menos «Nunca pasa nada», enviaban informes regulares sobre la tripulación: motines sangrientos, muertes accidentales o naturales, matrimonios temporales o perpetuos, nacimientos... El computador Cangrejo-Tierra anotaba las incidencias, borraba a una nave de su lista o transmitía las instrucciones necesarias para detener una epidemia o para ejecutar a un tripulante cuya existencia significara un peligro para las de los demás.

Pero nadie había preparado a Cangrejo-Tierra, el computador de Woomera, para advertir la anormalidad de una situación

imperturbablemente anormal. Cangrejo-Tierra interrogaba a Cangrejo-485, el computado de la nave, y éste le proporcionaba los datos del vuelo. Cangrejo-Tierra pedía cifras sobre el movimiento de población en R485 y Cangrejo-485 respondía con un invariable «Cero». Y otro «Cero» para Averías, para Emergencias, para todo lo que no fuera el mismo vuelo.

«Nunca pasa nada» había partido del tercer planeta de Epsilon Eridani hacía veinte años según el tiempo terrestre y sólo hacía dos —al retornar al espacio normal— que había podido establecer contacto hiperlumínico con nosotros. Cuando se recibió el primer mensaje, Cangrejo-Tierra repitió las preguntas para las que había obtenido una respuesta negativa y, al obtener de nuevo una lista de ceros mi hija Zarah, que dirigía el programa de adaptación terrestre de los tripulantes, me advirtió que algo iba mal entre los dos computadores. Cabía también la posibilidad de que R-485 hubiera dejado de existir en el espacio y Cangrejo-Tierra nos diera como respuestas de la nave lo que sólo eran previsiones de nuestro propio computador.

Eliminé temporalmente a Cangrejo-Tierra de la comunicación y Zarah interrogó a Cangrejo-485. Después retiré a Cangrejo-485 y Cangrejo-Tierra preguntó a Rysto, el comandante de la nave. Finalmente, establecí una comunicación Zarah-Rysto. Los resultados fueron idénticos: cero.

Fue Zarah quien empezó a llamar a R-485 «Nunca pasa nada». Y cuando «Nunca pasa nada» atravesó la órbita de Marte e inició su fase de aproximación a la Tierra todos nos sentimos vagamente alarmados. A esas distancias casi inexistentes para la escala interestelar, la comunicación hiperlumínica ya no es operativa y hay que recurrir a la radio convencional. Pero R-485 no respondió a ninguna llamada.

Aceleró su marcha hasta que, atraída por la Tierra, se situó en una órbita muy excéntrica. Las estaciones orbitales registraron su presencia, pero no consiguieron romper su silencio. Y allá arriba estuvo durante cuarenta y ocho horas, hasta que la estación de seguimiento de Goldstone detectó un cambio de órbita que parecía el preludio del descenso. Cangrejo-Tierra tardó dos minutos en digerir los datos que le suministraron y en calcular que antes de dos horas R-485 estaría en Woomera. Sería ya noche cerrada y un viento fresco barrería la llanura. No habría nubes ni tampoco curiosos, porque nadie en la Tierra, fuera de Woomera, sabía que aquel regreso no era uno más de la serie.

La Tierra no sentía ya, además, curiosidad por nada. La Tierra no esperaba nada de las naves que regresaban ni los que volvían del espacio esperaban nada de la Tierra. Los hombres, todos los hombres, estaban cansados. Habían caminado sin detenerse desde que salieron de los bosques de las primeras edades; habían conocido, cruzando los mares, nuevos continentes, y cuando aprendieron a burlar la gravedad

terrestre se desparramaron primero por el Sistema Solar y luego por los rincones más próximos de su propia Galaxia. No habían ido más allá porque eran muy pocos y no sentían deseos de ser más.

Ya no hubo guerras ni apenas tensiones y, lentamente, los hombres devolvieron a muchas comarcas de la Tierra el aspecto que tuvieron en otros siglos. Los montes se cubrieron de bosques y las aguas de los ríos tornaron a ser claras. Nadie se preocupaba ya de ganar el pan, porque esa era sólo tarea de las máquinas. Nadie se preocupaba de luchar por algo, porque todo se podía conseguir sin lucha. Y llegó un día en que tampoco fue necesario el control de la natalidad, porque muy pocos —y en muy escasos años de sus vidas— sentían la necesidad de tener hijos. De los 7.000 millones de habitantes al, comenzar el siglo XXI, la Tierra había pasado a contar tan sólo con un centenar de millones. En otros tiempos esta hubiera sido una cifra insuficiente para asegurar la supervivencia de una civilización mundial. Ahora, gracias a las máquinas, bastaba.

Fuera del planeta, las colonias estelares sobrevivían gracias a la ayuda terrestre. Pero un día cualquiera alguien se molestó en hacer trabajar a los computadores y descubrió por extrapolación que jamás serían capaces de vivir por sí mismos, que siempre serían una carga para la Tierra y que la Tierra para nada los necesitaba. Entonces, bajo la inútil amenaza de una suspensión de suministro, el Consejo Mundial puso en práctica

la Operación Retorno. Nadie protestó en la Tierra, porque había recursos bastantes para atender a los que volvían y a quienes nacieron en las estrellas. Nadie protestó en las estrellas, porque en la Tierra encontrarían la civilización que se habían limitado a trasplantar a unos pocos planetas.

—Cada vez que uno de esos malditos blancos se empeña en cederme el paso ante una puerta siento ganas de darle un puñetazo.

—No te entiendo, Uhuru.

—Es bien sencillo: me molestan esos tipos que a cada paso quieren demostrarme que somos iguales, cuando yo sé que no lo somos.

—¿Qué tienen que tú no tengas? Tu coche es como el de ellos; tienes una casa, un zorty y un día laboral a la decena, como cualquier blanco. ¿De qué te quejas?

—De esa obsesión por hacer que las cosas parezcan lo que no son en realidad. ¿Estarías tú aquí, conmigo, si fueras blanca?

—Puedes tener cuantas blancas te plazca, si es eso lo que deseas.

—No he querido ofenderte, Emma; ni me gustan más las blancas que las negras. Pero yo sé que en el fondo no es lo mismo; que no resultaría, como no resulta que yo tenga un amigo blanco o beba una copa en un club de blancos, aunque nadie me lo prohíba. Somos distintos y ellos, en su cerebro, no

han renunciado a la idea de considerarse superiores. Si yo me enfado con un blanco puedo decir de él, a sus espaldas, cualquier cosa. Si un blanco se enfada conmigo dirá a otro blanco que le ha irritado un macaco. ¿Sabes que nos siguen llamando macacos?

—¿Has venido a mi casa para hablarme de los blancos?

—No, Emma, y perdóname otra vez. No es tiempo para discutir. He venido porque me gusta venir y porque tú me invitaste a que viniera.

—¿Piensas volver? Anda, acércate más.

—No lo sé. Mi matrimonio temporal concluyó la decena pasada y no he querido renovarlo; los grupos no me gustan. Tal vez, cuando nos conozcamos mejor... Es todavía muy pronto.

—Yo no soy joven.

—Y yo tampoco. ¿Qué es eso, Emma? Mira.

—No lo sé, pero parece que viene hacia aquí. Está bajando. ¡Es una nave!

—Corre, la casa va a hundirse. Al otro lado del jardín.

—Al mar, Uhuru, al mar. ¡Hay llamas en el jardín!

Uhuru y Emma tuvieron tiempo de llegar al mar. Con el agua hasta el cuello contemplaron el regreso de R-485 a la superficie terrestre, exactamente en el jardín de Emma, una obrera sudafricana que vivía en Durban, a muchos miles de kilómetros

del lugar en el que los técnicos de Woomera aguardaban la llegada de «Nunca pasa nada».

El aterrizaje fue perfecto..., pero R-485 se convirtió en una llamarada en el momento de tocar tierra. Un instante antes, de su afilada proa se había disparado hacia arriba un delgado cilindro de un metro de longitud. Su vuelo fue corto. Describió un arco sobre el tejado ardiente y fue a caer sobre la playa, no lejos de Uhuru y Emma, pero fuera de su alcance visual.

Diez minutos más tarde, las escuadras aéreas del servicio de bomberos extinguían el incendio. En Woomera se enteraron de la catástrofe media hora después, pero nadie, ni Uhuru, ni Emma ni ninguno de los bomberos-robots reparó en el pequeño cilindro, semienterrado en la arena.

A la mañana siguiente, mientras Emma dormía en un hotel, los camiones municipales retiraron los restos de «Nunca pasa nada», que fueron enviados a Woomera para que allí trataran de determinar las causas de la catástrofe. Luego reemplazaron la arruinada casa de Emma por otra idéntica. Ni la propia Emma hubiera podido advertir la más mínima diferencia (la casa-máquina de estar había dejado hacía siglos de ser la casa-almacén de recuerdos). Por la noche, Emma y Uhuru estaban de nuevo juntos, como si nada hubiera pasado.

No discutieron sobre los blancos ni les interrumpió la llegada de ninguna nave espacial. Cenaron en paz y brindaron por su futuro, porque habían decidido contraer un matrimonio

temporal con opción a perpetuidad. Se casaron ante el videoteléfono, en cuya pantalla apareció la imagen de un juez de paz tranquilamente sentado, como ellos, en el jardín de su casa.

No vivía, desde luego, en África, si se juzgaba por los árboles que se divisaban al fondo y por la cúpula energética sobre la que resbalaba una mansa lluvia. Pero en realidad ni a Uhuru ni a Emma les importaba dónde pudiera estar el juez. Sabían que su intervención era un puro formalismo y que quien verdaderamente registraba el matrimonio no era aquel hombre blanco que unos minutos después se olvidaría de ellos, sino el computador que desde Kinshasa dirigía el Servicio Matrimonial Africano.

Al clarear el día fueron a la playa a bañarse, pero la playa había desaparecido. El mar concluía en una faja de tierra dura y negra sobre la que brillaban millares de cilindros iguales al que llegó en la «Nunca pasa nada» y hormigueaban miles de arañas (al menos parecían arañas).

Uhuru perdió unos segundos decisivos tratando de librarse de las primeras arañas que treparon por sus piernas. Antes de caer abatido por el veneno de varias docenas de quelíceros tuvo, sin embargo, arrestos para gritar a Emma que corriera y pidiese ayuda por el videoteléfono.

Emma se precipitó hacia la casa. No se detuvo a luchar con las arañas que la habían alcanzado, pero ante la pantalla pudo

gritar socorro una sola vez, porque las arañas la abandonaron y se introdujeron en las entrañas del transmisor. Muchas murieron, pero Emma hasta que murió siguió gritando ante un aparato del que brotaban chispas por todos sus recovecos y cuya pantalla se había apagado.

—Mis queridos amigos, es esta la primera vez que os hablo desde que hace siete años fui designado presidente del Consejo Mundial. Todos vosotros sabéis por qué me he decidido a molestaros. Yo soy el primero en lamentarlo, pero los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas me obligan a dar este paso.

Las bandas de arañas —así vamos a llamarlas, aunque algunos análisis automáticos hayan revelado que no son arañas— constituyen para todos nosotros un peligro mayor de lo que pudo pensarse cuando aparecieron en Durban, poco después de catstrófico regreso de la R-485. Hay, indudablemente, una relación entre ambos hechos, y puesto que la nave procedía de Epsilon Eridani, no es aventurado suponer que ese es el punto de origen de las arañas.

Al principio fueron indudablemente muy pocas, pero se reproducen o se duplican con una velocidad aún no precisada, pero desde luego muy rápida. Carecen del instinto de conservación individual y poseen un veneno cuyo efecto resulta mortal si no se aplica a tiempo algún remedio.

No sabemos en realidad lo que ha ocurrido en el área de Durban, puesto que allí las arañas han destruido los computadores, las emisoras de televisión-láser y las comunicaciones por cable. Tenemos también razones para suponer que han eliminado implacablemente a todo tipo de robots.

Si queremos evitar que las arañas progresen en África y también en el resto del mundo es necesario que nosotros mismos, ayudados naturalmente por nuestros robots, les hagamos frente. Los robots, por sí solos, nada pueden, puesto que no fueron concebidos para luchar contra esta amenaza. Y tampoco disponen de explosivos suficientes para aniquilar a todas las arañas.

Todos sabéis que hace siglos, cuando la Tierra se hallaba superpoblada y los hombres vivían en condiciones primitivas, nuestros antepasados, por falta de robots, habían de acometer las tareas que aseguraran su supervivencia. Ahora, si queréis sobrevivir, tendréis que ayudar a los robots y extender vuestra cuota laboral a tres días por decena. A los que piensen que este sacrificio es insoportable, he de recordarles que los hombres de Durban viven en peores condiciones, si es que viven. Carecen de robots, de medios de comunicación, de diversiones y, verosímilmente, de comida. Cualquier día su situación puede ser la nuestra, y creo que la muerte es preferible a vivir permanentemente en tales condiciones. Con las horas de trabajo que nos proporcionarán los tres días laborables a la

decena organizaremos equipos para descubrir los medios de acabar con las arañas y restablecer la normalidad en el área de Durban. Después os prometo que cuanto antes sea posible reimplantaré la cuota laboral de un día por decena y olvidaremos esta pesadumbre.

El presidente no dijo al mundo que en aquellos momentos los técnicos de la Base de Woomera recibían otro mensaje suyo de contenido muy diferente. Apenas les habló de Durban y se limitó a ordenarles una cuota laboral de diez días por decena. No les dio razón alguna ni en Woomera hacía falta. Nadie sabía cómo las arañas habían llegado también a Woomera. Eran todavía pocas, vagaban por el desierto, pero no atacaban a las naves estelares, alineadas en las plataformas de lanzamiento. Se limitaban a llevárselas.

Cangrejo-Tierra no pudo resistirlo. Enloqueció la noche en que partieron R-15 y R-311. Cangrejo-Tierra no podía comprender que hubieran despegado dos naves sin que él lo hubiera ordenado y sin que en su memoria estuviesen registrados sus rumbos. Llamó a Cangrejo-15 y a Cangrejo-311. A guisa de respuesta, Cangrejo-15 le envió la grabación íntegra de Madame Bovary, de Gustavo Flaubert, pertenecientes a su biblioteca, y se despidió afirmando que madame Bovary era él. Cangrejo-311 enumeró los índices de calorías de todos los alimentos de a bordo y le prescribió una dieta vegetariana. A la tercera noche, y cuando ya habían partido cuarenta naves, los técnicos de Woomera destruyeron las restantes. Entonces las

arañas se lanzaron al ataque y no se volvió a saber nada más de Woomera.

El presidente del Consejo Mundial no tuvo ocasión de hablar de nuevo a los habitantes de la Tierra, porque tres semanas más tarde el Consejo le pidió que dimitiera. La petición fue presentada por los delegados africanos, que en realidad a nadie representaban ya, puesto que toda África había caído en poder de las arañas y habían muerto todos los que vivían en el continente (ahora ya se sabía que las arañas se mostraban tan despiadadas con los humanos como con los robots).

El nuevo presidente aprobó una cuota laboral de siete días a la decena... y presentó la dimisión a petición de una América donde los únicos humanos eran cadáveres. Allí acabó el Consejo y cada comunidad se dispuso a defenderse por sí misma. Nadie transmitió la noticia, porque los videoteléfonos habían dejado de funcionar unos días antes; nadie había tampoco para contemplar sus pantallas, porque los supervivientes estaban demasiado ocupados. Las arañas, cada vez más numerosas, habían establecido cabezas de puente en todas las regiones de la Tierra y sus comandos hostigaban a las comunidades más alejadas del frente.

Esta es una grabación que transmitiré a quien me suceda en el gobierno de Nueva Arabia para que, a su vez, la legue a su sucesor. Si, desgraciadamente, no existiesen esperanzas de supervivencia, habrá de ser destruida por los últimos habitantes de Nueva Arabia.

—Tengo ahora setenta años, y desde que tenía treinta he luchado contra las arañas. Cuando llegaron a la Tierra yo trabajaba como observador meteorológico en una de las siete estaciones orbitales (una semana en el espacio y diez de vacaciones en la Tierra). Conmigo vivían y trabajaban cuatro hombres y cinco mujeres: Demetrio, Iskander, Luis, Gabrilo, Ada, Inés, Myrtha, Rebeca y Fulvia. Durante varias semanas manejamos los controles del tiempo para tratar de detener el avance de las arañas, del que teníamos noticia por los silencios de los transmisores terrestres. Acumulamos a su paso tormentas y tifones, pero no conseguimos detenerlas un solo día.

La base terrestre dejó de remitirnos los cohetes lanzaderas que nos aportaban los suministros y que hacían posibles los relevos, y cuando el oxígeno ya escaseaba, embarcamos en el planeador para regresar a la superficie.

Si elegí aterrizar en lo que hoy es Nueva Arabia fue porque imaginaba que allí no habría arañas. ¿Qué podían hacer las arañas en aquel lugar desierto? Y porque los extractores automáticos de petróleo nos proporcionarían el arma ideal para defendernos de sus ataques, si es que llegaban: una barrera de fuego permanente que rodeó nuestro primer campamento.

Yo me casé con Ada y tuve diez hijos. Demetrio se casó con Myrtha y tuvo siete hijos. Gabrilo se casó con Inés y tuvo tres hijos. Iskander, Luis y Rebesa murieron peleando contra las

arañas. Fulvia partió hacia la colonia de Nueva Karachi, con la que a veces hemos logrado comunicarnos con radio, pero jamás llegó a su destino.

Sí, nos hemos multiplicado como jamás creímos que volverían a multiplicarse unas parejas humanas. Y hemos tenido que ensanchar varias veces el perímetro de fuego que nos defiende de las arañas. ¿Nos defiende, verdaderamente? Ya sé que ahora es preciso alejarse muchos kilómetros de Nueva Arabia para encontrar una patrulla de arañas, pero no siempre fue así.

En las primeras semanas fueron miles y miles. Intentaron apagar el petróleo ardiente con sus propios cuerpos, y poco faltó para que lo consiguieran. Entonces hacíamos dos turnos de guardia por el día y por la noche, y nos afanábamos por sobrevivir con alimentos sintéticos, con raciones de emergencia que hallamos en las estaciones de bombeo petrolífero. Después, Nueva Karachi nos transmitió un mensaje de Nueva Kamchatka en el que se aseguraba que el número total de arañas parecía haberse estabilizado. Tardamos meses en comprobar que tenían razón y años en advertir que las arañas empezaban a disminuir.

Desde entonces sus ataques han sido esporádicos. Por la radio nos dicen ahora, a veces, que parecen concentrarse en Australia en torno a un lugar llamado Woomera, donde antes estuvo el más importante puerto espacial de la Tierra y de donde las arañas hicieron desaparecer muchas naves.

En Nueva Delfos, allá al norte, un hombre llamado Skouras afirma que debemos considerar a todas las arañas como un solo individuo; que si las arañas se sacrifican sin reparo en cualquier ataque es porque su instinto de conservación se limita a la especie, y que las arañas que ahora viven sobre la Tierra han perdido el vigor y la capacidad de reproducirse, porque han permanecido mucho tiempo alejadas de la mayoría. Skouras nos advierte constantemente en sus mensajes que no debemos cejar en la vigilancia, y afirma que está próximo el tiempo de un ataque más terrible.

Skouras dice que las naves que robaron las arañas en Woomera fueron enviadas a Epsilon Eridani para traer nuevas arañas. Y explica que probablemente faltas del conocimiento de la navegación interestelar que les permitiera abandonar el sistema solar de Epsilon Eridani, aprovecharon la oportunidad que les deparó R-485. En esa nave de la Operación Retorno introdujeron una avanzada en la Tierra. Las naves robadas pueden estar a punto de volver para iniciar la gran invasión en esta zona de la Galaxia.

Skouras ha mandado alzar sobre un monte que llama Parnaso una reproducción en mármol de aquella nave, la R-485, que todos los que ahora vivimos considerábamos maldita. Pero Skouras dice que, gracias a aquella nave y a la amenaza que trajo a la Tierra, el hombre ha vuelto a ser hombre, y que aunque todos perezcamos cuando lleguen más arañas de Epsilon Eridani, nuestra muerte será preferible a la vida egoísta

y carente de sentido de los hombres de la Tierra que invadieron las arañas.

Por vez primera, Skouras ha sido obedecido. Sus compañeros han creído en sus palabras y han llevado bloques de mármol hasta la falda del monte Parnaso. Pero no alzarán ninguna nave. Se proponen elevar una estatua a Skouras y muchos han comenzado a decir que Skouras es más que un hombre, un ser superior que ha venido a la Tierra para que los hombres vuelvan a ser hombres.

JAIME DE LA FUENTE

Periodista. Ha publicado una docena de libros-ensayo compuestos de entrevistas, estudios, «divagaciones»... sobre temas sociales.

La SF le interesa desde un punto de vista más crítico que creador: cree más en las obras de Verne que en las de un New Thing Author, manera de pensar totalmente respetable, como demuestra esta historia.

EN EL REINO DE LA VIDA

La brisa pronosticaba un feliz viaje.

Hubo vítores de la multitud y se rompió la tradicional botella de champagne contra el casco.

La Kon-Tiki-321, anclada y mecida por el agua, parecía encabritarse y tomar ímpetus para devorar millas, surcar océanos y escudriñar los fondos marinos.

Tenía una caprichosa apariencia de monstruo anfibio. En la proa sobresalía una gran cabeza de saurio rugoso, cuyos ojos vacíos parecían buscar un límite al horizonte. En los costados de la embarcación estaban esculpidos multitud de idolillos fluviales y peces legendarios. Todo ello recordaba una ingenuidad decorativa de siglos pasados. Como si se hubiera pretendido conservar el mayor romanticismo posible, aludiendo en cada detalle a las retorcidas iconografías de los antiguos navios a vela.

La Kon-Tiki-321, a pesar de sus motores nucleares y de su estructura ligera, mil veces más resistente que el acero,

asemejaba ser una humilde barquichuela, tanto más débil cuanto más orgullosa simulaba ser la barroca ornamentación.

Este nuevo modelo de Kon-Tiki, que no tenía forma de balsa, sino de puntiagudo ariete, constituía una revolucionaria síntesis de batiscafo, submarino y lancha deportiva. Podía deslizarse por la superficie del mar a una velocidad de doscientos kilómetros por hora y podía fondear —cerrando sus compuertas como un erizo— las simas más profundas. Sus reservas de fuerza motriz estaban calculadas para diez años de funcionamiento ininterrumpido.

El capitán Dosventos y un ayudante nepalí eran los únicos expedicionarios. Un aventurero de pocas palabras y un sherpa silencioso, dos personajes gemelos. El primero tenía vocación de trotamares y espíritu solitario. Quizá llevaba ya el salitre metido en las venas. El segundo, hierático como un santón, sabe Dios por qué había dejado los montes imponentes o los arrozales de su patria.

Aquella expedición de la Kon-Tiki-321 duraría un par de años.

—¿Y la alimentación de los tripulantes?—preguntó un informador de prensa al promotor de la aventura, que era un hombrecillo viejo, carnoso y de perfil heleno.

—El problema de abastecimiento no existe —señaló el armador Nidas Nicopoulus—, porque se ha previsto una instalación doble de «cámara-dietética», que es, en lenguaje vulgar, una fábrica de alimentos...

—¿Y la materia prima?—insistió el periodista.

—El agua del mar, naturalmente. Mire este esquema —si quiere le daré una copia para su periódico— y observará el proceso de obtención de cualquier tipo de preparación alimenticia...

El armador extendió un plano y fue indicando con el índice las principales fases del mecanismo:

—Por aquí entra el agua marina y es almacenada en un tanque de potabilización que la distribuye a distintos compartimentos: agua para beber, agua para la limpieza de la embarcación, agua para el aseo personal, agua para los sistemas de energía... Se dispone, pues, de agua con varias concentraciones o diversos grados de purificación.

—¿Y la comida? —aceleraba el impaciente informador, buscando tan sólo la noticia espectacular o el secreto de esa milagrosa producción de alimentos a base de simple agua.

—Sencillo, muy sencillo —dijo Nicopoulus—. Es cuestión de transformaciones sucesivas. Verá usted, amigo: las sales y otros elementos del agua de mar, absorbidos por una especie de alambique, y perdone el modo de expresarme, serán sometidos a un tratamiento depurador que los convierte en multitud de «materias primas» susceptibles de infinitas combinaciones químicas... que dan como resultado unos sabrosos alimentos que nada tienen que envidiar a las manipulaciones culinarias del mejor cocinero...

—O sea —recapituló el periodista—: la química aplicada al límites de sus posibilidades...

—Sin llegar al límite, amigo. No hay límite ni fronteras para la química.

—Me recuerda esto a las faenas alquimistas...

—Ni más ni menos —convino el armador—. Los alquimistas fueron los primeros en darse cuenta de que lo que se traían entre manos, y llegaron a vislumbrar un futuro que ya hemos hecho presente. Y nosotros estamos intuyendo un porvenir que otras generaciones lo traducirán en historia de muchos nuevos éxitos...

—Pasado, presente futuro...; química, alquimia... ¿Qué es usted, armador de barcos o sabio de laboratorio?

El viejo y carnosio hombrecillo de rostro heleno sonrió con benigna comprensión.

—Si usted quiere —propuso al periodista—, llámeme aprendiz de todo y maestro de nada. He dedicado mi vida a un humanismo de mariposa, saltando de ciencia en ciencia, sirviendo aquí y allá, almacenando el polen variopinto de mil disciplinas y saberes del hombre.

El informador de prensa se encontraba las preguntas hechas. Volvió a insistir sobre las actividades de su extraño interlocutor:

—¿Quién ha inventado esa «máquina dietética»?

—Todos. La humanidad, con sus años auestas. Yo sólo he puesto en funcionamiento una «máquina-resumen», ¿me entiende?, compuesta por distintas piezas que otros han ideado antes de mí...

—¿Luego es usted el inventor?

—No puedo afirmarlo. ¿Cómo se lo explicaría? Imagínese que usted mismo, en sus ratos libres y jugando a la mecánica, dispone de los siguientes aparatos: una máquina de escribir, un radar, un motor de explosión, un teléfono, una incubadora, una televisión, una máquina automática de hacer salchichas... Imagínese que se dedica a combinar esos mecanismos de forma conveniente, buscando un solo ritmo de actividad, una misión única, un consorcio total de engranajes y velocidad, una concordancia suprema de funciones... ¿Qué saldría de sus manos?

—No lo sé. Quizá, nada. O tal vez un monstruo en forma de morcilla, con un cerebro receptor y emisor de sonidos e imágenes que, al mismo tiempo, escriba libros o imprima periódicos...

—Se aproxima usted. Pero ¿por qué definir esa «criatura» como un monstruo? Suponiendo que hubiera terminado su construcción, ¿se pueden calcular las muchas aplicaciones posibles? Usted mismo ha enfocado el asunto hacia su profesión: escribir libros o imprimir periódicos. Un especialista en cibernética le diría que había «creado» el robot perfecto. Y

yo le pregunto: ¿lo había inventado usted? ¿O era una simple combinación de ideas, una laboriosa síntesis de conexiones?

—Reconozco mi falta de humildad —dijo el periodista—, pero estoy seguro de que me consideraría un auténtico inventor...

—¡Ah, los literatos! Son ustedes terriblemente inmodestos...

—Sí, lo sé. Somos vanidosos como crios. Seguramente por el esfuerzo constante de perseguir la perfección o la gran obra, la distinción personal, el laurel definitivo... Por eso somos escritores, creo yo.

—Muy posible, amigo mío. De lo contrario se meterían en un laboratorio para indagar pacientemente la veracidad de lo conocido. Si usted, con ese gran sentido de la improvisación que me ha demostrado tener, bajase al misterio de las sustancias, al abismo de lo microscópico; si usted despreciase la ciencia oficial en la medida suficiente como para prescindir de las leyes establecidas... vería que el mundo no es lo que se dice que es, sino algo así como un eterno punto de partida donde se originan tantos caminos a seguir como ojos lo observen...

El periodista no apuntaba ya la charla del viejo y rechoncho armador. Toda aquella conferencia, teñida por un asombroso preciosismo incongruente, no era apta para publicarse como noticia de un diario. Tal vez podría servir como introducción a un libro de cariz futurista, a uno de esos libros siempre en boga

sobre fantasías intuitas y teorías inconcretas. El público devora esa clase de publicaciones, confundiendo generalmente la «divulgación científica» y la «literatura de anticipación».

Y el periodista tuvo la certeza de estar captando un posible negocio editorial a través del carnosos y extraño armador, a quien se imaginaba caricaturizado con amplio sayón y un cucurucho en la cabeza, algo así como los grabados antiguos representaban a los hacendosos alquimistas, encorvados sobre los vapores de sus pócimas o aplicados en soplar inverosímiles fogatas bajo ánforas de brebajes misteriosos.

—Dejemos, pues, lo de la «paternidad» del invento —sugirió el hombrecillo de rostro heleno.

—De acuerdo —se conformó el entrevistador.

Fuera, en el embarcadero, la Kon-Tiki-321 esperaba la suelta de amarras.

El vientecillo de la mañana seguía soplando con suave constancia, espoleando los ijares de la embarcación bajo el oropel alegórico de dragones y saurios.

—¿Cuánto tiempo durará la aventura del capitán Dosventos? —inquirió el periodista, tomando de nuevo el rumbo de su quehacer informativo. En realidad no buscaba más que una confirmación al rumor general: dos años de travesía oceánica.

Nidas Nicopoulus se encogió de hombros y esbozó una sonrisa de obligada disculpa.

—De un día a mil años. Nadie puede preverlo.

El informador no escribió nada. Miró al enigmático armador y calculó su propia paciencia, que ya empezaba a flaquear.

—No se enfade, hombre —dijo Nicopoulus, comprendiendo la perplejidad del periodista—. Trataré de explicarle esa aparente incongruencia. ¿Qué prefiere: la versión oficial del proyecto, o una versión en la intimidad, entre usted y yo, que no podrá publicar a menos que quiera ir a un manicomio?

Al periodista le seducían toda clase de confidencias, pero debía atenerse al estricto menester de llenar un par de folios con respuestas lógicas. Por eso eligió con frialdad:

—La versión oficial, claro.

—Bien —convino el anciano—. He aquí la mentira mejor urdida sobre la expedición de la Kon-Tiki-321: «Se pretende, como en las trescientas veinte ocasiones anteriores, demostrar la teoría de Heyerdahl sobre las migraciones oceánicas y, muy específicamente, la de los indios americanos a Oceanía. Hemos mantenido el itinerario a seguir —de Perú a Polinesia—, pero variando el tipo de embarcación. Nuestro modelo tiene incorporada una turbina nuclear y goza de estructura anfibia, lo que le permitirá llevar a cabo una completísima investigación de los fenómenos marinos —corrientes de agua, fauna especial— que se han advertido en viajes precedentes. La expedición de la Kon-Tiki-321, como balsa tradicional, nos proporcionará unos valiosos datos estadísticos que serán

computados por un ordenador de a bordo. Es decir: abandonada en el agua, sin fuerza motriz, recorrerá una distancia determinada y volverá al punto de partida para repetir unas cien veces ese recorrido con objeto de verificar las desviaciones sufridas. Sólo en los regresos a cada punto de partida será utilizado el motor. Y también, durante esos trayectos, efectuará una serie de inmersiones en los lugares menos conocidos del Pacífico. Por todo ello, se estima que el viaje no durará menos de dos años...»

Cuando el informador acabó de tomar sus notas, satisfecho por el colofón de la finalidad científica de la balsa motorizada, propuso al viejo Nicopoulus:

—¿Y la versión confidencial?

El armador repitió su inefable sonrisa de anciano bonachón. En sus ojos aparecía un cierto matiz de sorna inocente, como la mirada de un niño antes de la travesura premeditada.

—Dudo que sea usted capaz de creerme nada —avisó Nicopoulus—. No obstante, como soy enemigo natural de la mentira, voy a confesarle toda la verdad y nada más que la verdad...

Volvió a sonreír con picardía.

El despacho del armador estaba abarrotado de fósiles, peces disecados y extrañas plantas submarinas. Hasta allí llegaba un fuerte olor a salitre. Por la ventana, que simulaba ser el círculo

de una claraboya, entraban los graznidos de las gaviotas y el vocerío de la gente.

Nidas Nicopoulus inició el relato sorprendente:

—La Kon-Tiki-321, amigo mío, no es una embarcación de reconocimiento o una balsa más o menos mecanizada. Tampoco es un prototipo para la elaboración de alimentos. Ni es un habitáculo confortable para una larga travesía...

—¿Qué es entonces?—apresuró el periodista.

—¿No puede usted deducirlo?

El hombre de la prensa hizo un esfuerzo para seguir el juego, procurando dejarse llevar por merodeos que desviasen la cuestión hacia su objetivo de recopilar fantasías.

—Déjeme pensar —pidió el informador—. Si no es nada de todo eso, que es lo que aparenta ser, he de aventurar alguna hipótesis valiente...

—A ver, a ver...—le animó el viejo.

—¿Un arma secreta?

—¡No, hombre! No sea melodramático. Es mucho más sencillo.

—¿Un laboratorio oceanográfico?

—Precise algo más...

—¿Un laboratorio para... no sé, quizá para investigar la flora y la fauna marina, o para conseguir unas materias primas industriales o preciosas, como petróleo, oro...?

—No perseguimos negocio de clase alguna. Si tuviera que definir la misión de la Kon-Tiki-321 lo haría diciendo que es una altruista «cooperación humano-lémur para el mutuo desarrollo del progreso biotécnico».

—Muy complicado, se lo aseguro. Por lo menos yo no entiendo nada.

—¿Cree usted en las hadas, o en las brujas, o en la nigromancia?

El periodista acusó la pregunta con evidente majestad de hombre del siglo XX, haciendo un gesto significativo de estar muy por encima de tales supercherías. Más que eso. En su ademán podía advertirse un solemne desprecio a tan inusitada y ridícula pregunta.

—En fin —protestó Nidas Nicopoulus—. Me pone en un difícil aprieto...

—Bueno —accedió el informador—, puedo facilitarle el camino con la promesa de creer en cuantas brujas usted quiera, siempre y cuando no vayan montadas en una escoba...

—¡Ah, magnífico! Incluso es muy oportuna esa salvedad del vuelo en escoba porque las brujas de hoy —si es que las hay, naturalmente— deben de viajar con sistemas a reacción.

Supongo que se habrán modernizado, amigo mío. Se habrán puesto al nivel de la más depurada técnica...

El viejo se quedó un tanto pensativo y luego añadió:

—Una de las cosas funestas de la cultura es que el hombre pierde su capacidad de creer en las fábulas. En ese sentido los niños demuestran ser más inteligentes que los adultos...

—¿No irá a decirme que su Kon-Tiki es una especie de caza-brujas acuáticas?

—No, no, por favor. Nada de caza. Esa es una actividad primitiva de seres agresivos hacia otros seres más débiles o menos ingeniosos... Ya le he dicho que se persigue un objetivo amistoso de cooperación.

—¿Con las brujas, para celebrar acaso un nuevo tipo de aquelarre atómico en el fondo del mar?

—Con los lémures, señor mío.

Y el viejecito de rostro heleno se quedó muy serio, con mirada grave y gesto pontifical. Insistió en su revelación:

—Cooperación bio-técnica entre hombres y lémures.

El periodista repasó a toda velocidad sus conocimientos culturales. Del archivo de su memoria aparecieron sólo algunos datos concretos:

—Creo recordar —dijo a media voz, tratando de sintetizar el contenido— que las leyendas dan también el nombre de

lémures a los hipotéticos habitantes de la Atlántida... Seres que transformaron su anatomía para continuar viviendo en el reino sumergido... Homres-peces, en una palabra, de cuya existencia hablan los mitos y algunos viajeros de la antigüedad...

—Hombres provistos de branquias que habitan realmente en la Atlántida submarina, en el viejo reino de Antinea...

El informador de prensa tuvo deseos de reír. O de emocionarse ante la sublime ingenuidad de aquel hombre. Lo dijo abiertamente:

—¿Me quiere usted tomar el pelo?

—Nada más lejos de mi intención —aseguró Nicopoulus, desproporcionadamente tranquilo durante una conversación tan poco hortodoxa.

Según se iba perfilando el asunto de la Kon-Tiki-321, el periodista llegaba a una doble conclusión: que el viejecito no estaba en su juicio y que el tema, por ser tan absolutamente disparatado, podía servir para escribir un relato fantástico. Por todo ello, calculando el material que podía obtener de una manera tan sencilla, decidió acomodarse a las circunstancias y sacar el mayor provecho posible. «Quizá, se dijo, este pueril armador de buques me dé el esquema completo para un buen libro, o el guión de una novela radiofónica, o el esbozo para una historieta de comic...»

La Kon-Tiki-321, mientras tanto, rompía amarras y se deslizaba agua adelante. El capitán Dosventos se despidió de la multitud con un saludo gorra en mano.

La brisa, participando en los actos, trajo olores lejanos de algas y musgos roqueños. Unas gaviotas volaron en círculos bajos alrededor del navio extravagante, como intentando adivinar su ruta. Comprendieron en seguida que no era artilugio de pesca, tal vez porque no olía a brea ni estaba salpicado de escamas, y decidieron no acompañarlo mar adentro.

—¿Lo ve? —dijo Nicopoulus invitando al periodista a observar la botadura a través de la fingida claraboya—. Hasta los pájaros advierten la misión científica de la balsa...

—Será por transmisión de pensamiento... —apuntó el informador sin dejar su bloc de notas.

—Puede bromear cuanto quiera. Nadie le critica por un excepticismo tan realista y sincero. En su profesión, me figuro, sólo cuentan las verdades tangibles...

—Y la dimensión humana de los hechos —añadió el periodista como si estuviera examinándose. Sonrió por haber dicho esa frase estereotipada que le salió del subconsciente, recordando los estúpidos días de la escuela. Nunca había asimilado del todo eso de la «dimensión humana» de las noticias, porque humana es hasta una piedra o una viga de

hormigón con tal de que las haya tocado alguna vez la mano del hombre.

Cambió de pensamientos y vio alejarse a la Kon-Tiki-321, vitoreada y aplaudida, silenciosa como un escualo, con la bodega preñada de utopías o de algún secreto designio de rebuscado sensacionalismo.

Porque, a decir verdad, el ojo clínico de aquel periodista comenzaba a dudar de lo que veía. Dudaba del viejo rechoncho y de su sonrisa angelical. Dudaba de su aparente locura. Dudaba del «invento» de la «máquina dietética». Dudaba de los fines altruísticos de una descabellada misión...

—No cree usted nada de todo lo que le he dicho, ¿verdad? —dijo Nicopoulus, como advirtiendo sus dudas y mostrando su habitual picardía en la mirada.

—No voy a engañarle, ni por cortesía. Hay cosas que se estrellan contra una mediana lógica, y uno ya está lejos de la época en que soñaba con los personajes de los cuentos tradicionales...

—Lo comprendo, lo comprendo. Yo haría lo mismo en su caso, e incluso me mostraría molesto al considerar que un pobre viejo estaba tratando de embaucarme con fabulillas infantiles. Por todo eso, y porque me ha caído usted simpático, me veo obligado a darle una satisfacción palpable..., una prueba contundente.

El periodista vio abrirse un nuevo cielo. O intuyó el último acto de aquella comedia inesperada que, de pronto, le ofrecía un apetecible epílogo sin truco de tramoyista. ¿O acaso se avecinaba el truco máximo, la apoteosis grandilocuente y efectista? Esperó resignadamente a que el viejo quisiera poner en práctica la prometida prueba final.

A lo lejos, zumbando como un tábano, la Kon-Tiki se perdía de vista, impulsada vertiginosamente por el motor nuclear. La muchedumbre, terminado el espectáculo, fue esparciéndose por el embarcadero, disgregándose como una colonia de pececitos espantados.

—Hemos terminado —señaló el viejo de rostro heleno.

—Me había prometido una prueba...

—Sí, claro. Me refería a que hemos terminado la representación del viaje. Todo el mundo está ya convencido del carácter deportivo de la misión y eso nos permitirá trabajar con las manos libres...

El periodista volvió a sus dudas e interrogantes. Sospechó algún plan de contrabando, una coartada para el tráfico de drogas, un comercio de trata de blancas.

—Lo dicho —añadió Nicopoulus—: ya no hace falta que se quiebre la cabeza en busca de disparatadas soluciones. Venga conmigo...

Le siguió hasta el otro extremo del barracón donde se había preparado la botadura. Allí descendieron por una escalera de caracol hacia el sótano, que era una inmensa habitación destartada en cuyo centro aparecía la silueta de una maquinaria, no muy grande, pero evidentemente robusta, metálica, con un cuadro de mandos en el que había una docena de botones y unas esferas a modo de relojes, empotrados en el tablero.

El informador pensó que serían los restos de algún motor marino. «Vamos a ver —pensaba— qué otras insensateces me cuenta ahora el viejo.» Había poca luz. Y ningún ruido. «Seguro que va a enseñarme alguna reliquia fósil de la Atlántida dichosa». En una de las paredes descubrió una especie de ventana ovalada que permitía ver el fondo del mar. Calculó que debían de estar a unos siete metros bajo la superficie del agua.

Se acercaron al cristal y contemplaron las estúpidas miradas de algunos peces que parecían flotar aburridamente sobre un bosquecillo de algas y plantas macizas. El viejo Nicopoulus hizo funcionar un foco y se iluminó el paisaje submarino. Los peces dieron un respingo ante la luz y muy pronto volvieron a permanecer casi inmóviles, aleteando con suavidad para mantenerse en ese equilibrio semejante a cuerpos colgados por hilos invisibles. Las plantas adquirieron una tonalidad verdosa oscura, de acuarela, alfombrando el subsuelo con sus hojas carnosas y tallos retorcidos.

—He ahí el principio... —dijo Nidas Nicopoulus señalando el grandioso acuario natural.

—¿El principio de qué? —preguntó sencillamente el periodista, sin dar importancia al conglomerado de fondo vegetal.

—El principio de la vida, amigo mío.

«Una lección de botánica y biología —pensó el informador— que podía ahorrarse este individuo.» Le vinieron a la mente, por sugerencia, todas las teorías evolucionistas:

—El vapor, producido por el enfriamiento de la Tierra, se condensa en agua hirviente que llena las cavidades del suelo y forma los océanos...

—Siga, siga —le animó el viejo. Y el periodista, un tanto orgulloso por el matiz poético de sus palabras, accedió a continuar el relato:

—Durante el precámbrico, en el seno de las lagunas, aparece la vida, hija de la luz y del barro... Al mundo de la polimolécula se yuxtapone el de la megamolécula... En los lodos tibios, cargados de radicales libres, los rayos ultravioleta emprenden la misteriosa síntesis de los primeros compuestos orgánicos... Con el influjo de las cargas eléctricas, venidas de la atmósfera tormentosa, se combinan las moléculas y polímeros, formando proteínas elementales... Los océanos se pueblan de masas gelatinosas... Surge la nucleoproteína, que adquiere la

propiedad de alimentarse y de reproducirse a sí misma... Las radiaciones cósmicas engendran otras mutaciones, como la vida comunitaria de varios microorganismos...

—Continúe usted, por favor...

—Dejémoslo en etcétera, que es la forma más socorrida de terminar.

—Como prefiera. El caso es que ha expuesto magistralmente el proceso vivificador, del que discrepo sólo en pequeños detalles... Pero eso sería tema para otro día de charla. En fin, permítame que traduzca su etcétera a manera de epílogo: la vida animal saltó de las aguas a la tierra, desde la tierra trepó a los árboles, y desde los árboles se extendió por los espacios... ¿Está de acuerdo?

—Claro. Eso dicen todos los biólogos.

—Y ahora le pregunto: ¿por el mismo procedimiento de las mutaciones sucesivas, no podría existir un fenómeno de «reversibilidad al pasado»? Es decir: ¿sería posible que por esa especie de «salto atrás» que los animales de la tierra regresaran a las aguas primigenias?

—Tengo entendido, precisamente, que la evolución tiene un carácter irreversible. Además, harían falta millones de años...

—Ya sabe usted que la técnica puede superar el factor tiempo...

—Sí, naturalmente. ¿Me permite una pregunta incorrecta?

—Seguro que no será incorrecta, sino muy interesante. Diga, diga...

—¿Qué demonios de farsa me está preparando con tantos rodeos?

—¡Ah, joven amigo mío! Usted se refiere a la «prueba contundente» de que le hablé, ¿no?

—Con la más radical exactitud.

—Está bien. Voy a complacerle en seguida. Digamos que esta conversación la hemos mantenido a modo de «precalentamiento» intelectual para que usted mismo multiplique su capacidad de comprensión...

—¿Tan tremenda es la prueba?

—Mucho más que eso —sentenció Nicopoulus—. Para la gente vulgar sería algo «terrible», «monstruoso», «apocalíptico»...

—Gracias por incluirme en otra escala de personas. ¿Cuál sería la definición a mi medida?

—Para usted será «inaudito», «inverosímil», «indemostrable»..., pero «real».

—Luego creeré...

—Está preparado para ello. Tiene una gran cultura y claridad de conceptos.

Empezaba a notarse calor en el sótano. El periodista, contra su costumbre, se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa. Nidas Nicopoulus le indicó un asiento junto al ventanal:

—Póngase cómodo —le dijo—, y, por favor, no me interrumpa en lo que voy a explicarle...

Se sentó el informador y se mantuvo un poco en actitud de guardia. «Estoy seguro —pensó— de que ahora pretende hacerme ver algún monstruo.»

—Estos son los hechos —resumió Nicopoulus con sublime tranquilidad—: Existió la Atlántida y sus pobladores. El fabuloso reino de Antinea gozó de un superdesarrollo técnico muy superior al nuestro actual, especialmente en cuanto que dominaban todos los secretos de la biología. Por eso, cuando iba a sumergirse su continente, alteraron el código genético de los habitantes, de modo que la generación siguiente nació provista de branquias y pulmones, ya adaptada a la doble vida submarina y terrestre... Fue una mutación demasiado brusca, como una medida de urgencia sin otras alternativas. Y trajo como consecuencia una cierta degeneración de los individuos, que paulatinamente vieron disminuir el buen funcionamiento pulmonar... Los antiguos sabios del reino, por una serie de motivos que no hacen al caso, perdieron el control biológico de su pueblo y fueron incapaces de mantener la condición anfibia de los atlantes o lémures. Tanto es así, que cualquiera de ellos no puede permanecer fuera del agua más de unos minutos...

El periodista se removió en el asiento.

—¿Dónde he leído todo esto?

—En muchos sitios —reconoció el viejo—. Los escritores fantásticos suelen acertar casualmente las más escondidas verdades...

—¿Y aún viven esos anfibios de la misteriosa Atlántida?

—Así es. Nuestra misión consiste en eso: en colaborar con ellos para el intercambio de técnicas, y principalmente para facilitarles un sistema de «retomo» a su forma primitiva. Los lémures, como los llama la leyenda, están cansados de habitar las tinieblas submarinas...

El calor era cada vez más intenso. Espeso y sofocante. Calor húmedo, de sótano con vapor. Algo hizo alejarse a los pececitos inmóviles del ventanal. Huyeron a desbandada. A lo lejos, de entre la negrura sin espectro de las aguas, surgió una lucecita muy brillante, diminuta, que aumentaba rápidamente de tamaño.

—Ya se acerca —avisó Nicopoulus—. Podrá usted verlo...

El periodista dimitió su hastío para comprobar que aquella luz se avecinaba. «Será la linterna de algún submarinista», pensó.

Un segundo después era una masa cegadora que se paró junto a la ventana, emitiendo destellos fluorescentes, rojizos y azulados, de gran intensidad. Bajo la intermitencia de esas

luces apenas se podían concretar los límites del fenómeno luminoso. Un poco después desaparecieron las luces fluctuantes y se delimitó perfectamente la silueta del artilugio: era de brillante aluminio o de un material semejante, alargado, en forma de cigarro puro, compacto, sin aberturas ni salientes...

—Como un platillo volante submarino —reconoció el periodista, con cierto regocijo por la presencia del artefacto. Sólo esperaba comprobar cómo terminaba la habilidosa aparición de la «cosa».

—Puede usted prescindir del calificativo «submarino» —le aconsejó el viejecito, otra vez risueño—. Es un auténtico «platillo volante», sí, señor, con autonomía de desplazamiento en cualquier ambiente, sea agua o aire...

—¿Y los tripulantes? Seguro que serán «hombrecitos verdes» de pequeña estatura...

—Observe y no diga más tonterías.

Al periodista le sentó mal el tono agrio del armador. Era la primera vez que el viejo perdía su habitual conmesura. Ahora tenía el rostro agresivo, dominador, la mirada enérgica y una postura tan firme como impropia de su edad.

En el artefacto metálico se producía un leve zumbido. Se abrió una compuerta lateral y por ella salió una figura humana de gran envergadura, grisácea, que nadó hasta el ventanal.

Cuando el periodista pudo observar de cerca la fisonomía del «tripulante» sintió una imprevista parálisis en todos los miembros. Aquel ser tenía la cara de pez, auténtica expresión de pez idiotizado, con escamas en el cuello, con escamas rugosas por todo el cuerpo, con...

Tuvo que retirarse instintivamente del ventanal porque se produjo la más atroz aberración de la naturaleza o una antítesis de las leyes físicas: el hombre-pez estaba atravesando el cristal, como si se tratase de pasar a través de una simple cortina de humo.

Casi le fue imposible fijarse en la apariencia real del ser marino, gigantesco, húmedo, sin expresión humana. Tuvo un ligero espasmo abdominal, producido por un asco intenso, y creyó que no podría evitar el vómito. Estaba aturdido. Jamás sabría si fue miedo o repugnancia lo que le inspiró aquella criatura ilógica.

El extraño ser —que ignoró al informador— dio unos pasos torpes y se acercó a Nidas Nicopoulus. La escena «inaudita», o terrible y monstruosa, duró apenas unos segundos más.

El viejo besó las escamas frontales del ser anfibio y ambos se dirigieron al ventanal y cruzaron el cristal hacia el «platillo». No hubo palabras. Unicamente Nicopoulus, al tomar contacto con el agua, hizo un gesto de despedida al desconcertado informador de prensa. Mostró en ese ademán su eterna sonrisa de travesura infantil.

La escotilla se cerró y aquella masa metálica volvió a convertirse en una bola de luz cada vez más diminuta y lejana, en un punto, en nada.

Los pececitos regresaron a su reino oscuro. Allí volvieron a suspenderse en su inmovilidad, ajenos a todo lo ocurrido.

Las algas del fondo se dejaban mecer suavemente por el movimiento de las aguas.